

CARMEN
NARANJO

. R
363.6
1218 ca

EL CASO
117.720

EL CASO
117.720

EL CASO
117.720



Editorial Costa Rica

10

CARMEN
NARANJO

EL CASO
117.720



Editorial Costa Rica

54444

LIBRERIA

EDITORIAL COSTA RICA

LIBRERIA

EDITORIAL COSTA RICA

01

EL CASO 117.720
© Carmen Naranjo Coto.
© Editorial Costa Rica,
Apartado Postal 10.010-1.000,
San José, Costa Rica.

C.R.
8636
Naranjo

Primera edición 1987,
aprobada por el Consejo Directivo
de la Editorial Costa Rica en Sesión 1.231.

Dirección de producción editorial
de Dennis Mesén Segura.
Control de producción de
Germán Hernández Valle.
Corrección de pruebas de
Hernán Elizondo Arce.
Levantado de textos de
Marden Vargas Araya.
Diseño de cubiertas y montaje
de Sonia María Calvo Chaves.

Esta edición fue revisada, corregida
y autorizada para su impresión por
su autor o su representante legal.

Hecho el Depósito de Ley.

Impreso y hecho en Costa Rica por la Imprenta
Nacional en el mes de marzo de 1989, con un tiraje
de 2.000 ejemplares en papel bond y cartulina barn-
nizable.

544447
60956

CR863.4
N218c

Naranjo Coto, Carmen
El Caso 117.720 / Carmen Naranjo. -- 1. ed.
-- San José : Editorial Costa Rica, 1987.

P.

ISBN 9977-23-416-7

1. Novela costarricense. I. Título.

DGB/PT 87-0053



11 ENE. 1990

INDICE

Pág.

Capítulo 1	9
Capítulo 2	17
Capítulo 3	22
Capítulo 4	28
Capítulo 5	35
Capítulo 6	43
Capítulo 7	50
Capítulo 8	57
Capítulo 9	64
Capítulo 10	73
Capítulo 11	81
Capítulo 12	88
Capítulo 13	95
Capítulo 14	104
Capítulo 15	113
Capítulo 16	122
Capítulo 17	134
Capítulo 18	143
Capítulo 19	151

Para Maritza Castro Salazar,
una amiga que siempre me ha
apoyado y me ha permitido
crecer.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

En un cuarto lejano, rodeado de cortinas blancas, un discurso espesa el aire.

El caso es interesante, por lo general lo son, sobre todo si uno piensa en los síntomas y en las circunstancias. El diagnóstico puede ser cualquier nombre, es más se podría atener a los resultados del último encefalograma. La punción lumbar ha sido muy indicativa y los exámenes de sangre demuestran que la normalidad también da sorpresas. Siempre lo he dicho, por los porcentajes se evade lo raro. Si se hubiera podido estudiar el caso antes del estado actual, tendríamos más elementos de juicio y podríamos haber determinado las causas. Desgraciadamente el presente es un juego de efectos desraizados de los motivos, la ciencia se preocupa de tender las redes de un punto a otro, aunque a veces nos enredemos en tantos hilos. Dentro de una apariencia inconexa los movimientos de enlace son lentos, pues por cada acierto de línea tendida con desarrollo inicial, intermedio y fin, se pierden aquellos hechos que sólo enseñan sus finales y no sus comienzos. En el afán de prevenir está la gran hazaña de

la vida, y —sin embargo— la prevención es un signo tardío, expuesta necesidad que se evidencia cuando están rotas las comunicaciones y no hay caminos. Hemos llegado a saber muchas cosas y una de ellas es muy curiosa: falta un eslabón en el tejido de la sabiduría. Sabemos cuáles son las necesidades, las podemos medir, contar y clasificar, pero desconocemos las soluciones. Vemos la miseria extendida por todas partes y no sabemos cómo remediarla. En algunos casos, la receta ha sido apenas paliativa y la miseria se ha hecho menos miserable en proporciones insignificantes. Lo mismo pasa con ciertas enfermedades. Tal vez hemos creído demasiado en las fórmulas, que se hacen mágicas desde el momento en que son fórmulas. Lo único es que su magia está limitada al poder de su aplicación y no cubren los vacíos que deja sobre el círculo de su eficacia. Pensemos en el dolor y en el analgésico, para comprender con claridad el estado del mundo: el esfuerzo es el alivio, el silencio del no dolor, la ceguera voluntaria, el aturdimiento para crecer sin sentir. El gran remedio es perder la sensibilidad. Cuál es verdaderamente la médula del problema: esas partes oscuras, enconadas de oscuridad, donde la luz se dispersa como entre la niebla, representada aquí por las líneas perdidas en el desconocimiento del rumbo que tuvo un origen de quiebre, indeterminado pero presente. El caso 117.720 es un ejemplo de lo dicho. He consultado a colegas, con el afán de aclarar y descubrir sus causas ante los efectos que con tanto cuidado reseña este expediente. La conclusión es os-

cura, por una parte el hecho de una inesperada caída en la más rotunda inconsciencia con manifestaciones biológicas que no encuentran respuesta en exámenes y en antecedentes clínicos; por otra, un ser humano sobre el que se presiente un mundo misterioso acercándose a ese suceso que tantas veces nos ha extrañado y preocupado: la vida en su encuentro con la no vida. Desde los ojos científicos se reduce a una batalla normal entre los cuerpos y los anticuerpos, con victorias y derrotas bastante predecibles cuando los elementos orgánicos no se entraban en lances de voluntades ignotas. En el caso 117.720 los anticuerpos son desconocidos, no salen en los exámenes ni se determinan en los laboratorios, aun los resultados de los isótopos radioactivos han sido nulos. ¿Qué pasa? No es la primera vez que en una sesión clínica nos hacemos esta pregunta. Dudo que aun la autopsia del cuerpo nos dé la respuesta, si es que los familiares en tal circunstancia nos dieran la oportunidad de profundizar la patología. Para mí, a quien se ha llamado en esta consulta de especialistas, sólo existe el recurso de seguir investigando o de cerrar el expediente por impotencia, salvo que aspiremos a agotar nuestras fuerzas en divagaciones, que siempre he dicho son las digestiones de la inmadurez que tenemos adentro, causada por esta incorporación violenta de lo esencial primitivo, como especie animal con apetitos y necesidades, al refinamiento de seres civilizados y lo que ello implica en rangos de distinción o en materia de responsabilidades o ambiciones. Ya veo en sus caras gestos

de duda y ese pensamiento de que los años y el prestigio me han conducido al escepticismo pedante de los que ejercen la vanidad con el afán de lo insólito, por el deseo de originalidad. Así se ha calificado al científico que se torna en místico y al revolucionario que termina en conservador, por íntimos dictados de una conciencia que experimentó la sinceridad devolviendo intenciones desvanecidas en la pequeñez de los aciertos. Comentarán que hasta me he despojado del lenguaje técnico. Pero, algunos de ustedes han sido mis discípulos y pueden medir mejor que nadie los viajes de mis entusiasmos, algún día comprenderán que a veces enseñar es desgarrar una piel inexistente con la firmeza de un bisturí en el quirófano del sueño. Esas miradas que adelantan la senilidad de mis debilidades, no me amedrentan para afirmar que el caso 117.720 es el apunte de un misterio para otros más adelantados en el futuro. Somos dueños de una ventaja, los siglos han pasado simulando ganancias o creyendo, por lo menos nosotros, que las dejaron. Ahora, la ciencia puede trasladar a los nuevos años expedientes más completos, con los datos organizados y con buenas señales para seguir el curso de las incógnitas. A veces creo que cada época hereda a la siguiente un buen estructurado crucigrama. Pensar que se resolverá, ya es confiar algo en algo cuando podemos comprobar histórica y temporalmente que la fe sigue abarcando las disminuidas esferas de lo desconocido y de lo incierto. Eso es todo lo que podemos hacer con el caso 117.720, un expediente com-

pleto para el estudio de futuros científicos. Mi vanidad se concreta a comprender mi limitación.

Un aplauso alocado desvaneció el discurso en comentarios dispersos.

La luna se asoma y me pinta de blanco. La noche está tranquila y perfumada. Huele al palo de mangos que está cerca del río. Quisiera meterme por esa hendidura. Veo la araña que está empeñada en hacer cortinas. Todos los días las desbarato y todos los días las vuelvo a hacer. No la he podido pescar. El dedo no me alcanza hasta donde cuelga de un hilo y se mece. Hubo un momento en que la vi cruzarse por mis ojos. Es un centro negro con pelillos suaves, que enreda y desenreda para hilar cortinas. *Arañita, arañita, acercate un poquito más* No se acerca, sabe que la voy a matar. Me tiene miedo. Me conoce como el verdugo de las hormigas. Sobre el blanco de la luna me río profundamente. Y no quiero reírme, hoy tengo ganas de gritar. Me trajeron unos líquidos amarillos en la mañana; otros espesos en el mediodía, con unas pastillas que casi no puedo tragar. Vinieron ojos extraños.

—Es un pobre imbécil, con mirada inteligente.

—Le tengo miedo. Me parece que de pronto nos va a morder.

—Es como un niño grande.

—¡Horrible! Me escalofrió al verlo.

—Date prisa. Sólo hay que limpiarlo y darle de comer.

—¡No puedo!

Las sigo con la mirada. Me fijo en sus ojos, en sus manos que tiemblan, en sus delantales blancos. ¡Si pudiera las aplastaría como a las hormigas! Estoy seguro que las manda la araña, sí esa maldita araña que ahora se asoma por la hendidura y se ríe de mí. Me quitan los trapos alrededor del cuello y me ponen otros. Me peinan y peinan, porque los pelos vuelven a caer sobre la frente. Cuando el agua tibia corre por mis manos y pies, quisiera besarlas. Me gusta que me humedezcan, aunque al principio tenga miedo.

—Hoy está muy bien. No ha gemido, ni se ha quejado.

—Quisiera haber acabado ya. No me gustan esos ojos extraños. Son como los de un muerto con vida.

—No pienses mucho y hacé tu oficio.

Me quitan la ropa, las medias y me ponen los pies en una palangana. Tengo ganas de levantarles también a ellas las faldas. No puedo moverme. ¿Por qué no puedo moverme?

—Ya empieza a gemir. Ponele talcos y colonia y lo vestimos de nuevo.

—Prefiero irme... Le tengo asco.

— ¡Qué vaina! No servís de gran ayuda.

—Estoy temblando. No puedo ni sostener este jarro de agua.

¿Cuándo acabarán? Si ahora pudiera moverme, cogería a la araña. Está de nuevo haciendo cortinas en la hendija. Más tarde volverá la luna, como por entre las ramas de un árbol seco. Ya se han ido. Me hicieron tragar una sustancia espesa y unas pastillas amargas. Corrieron al cerrar la puerta. Me dejaron las manos atadas. Quizás las asusté, gemí demasiado. La araña entra por la hendija y va creciendo. Tengo miedo. Mucho miedo. La araña ladra, gruñe y trata de aruñarme. Me tiro al suelo y una silla se quiebra sobre mi cuerpo. Tengo ganas de gritar y me aguanto. Cuando grito, me asusto hasta yo mismo.

—¿Qué ha pasado? ¡Pobrecito!

Alguien recoge mis pedazos del suelo y me pone sobre la cama. La araña huyó asustada. Cuando vuelva a estar solo, romperé las cortinas de la hendija. La luna sigue iluminando blanco. Me veo las manos y las tengo blancas, los aruñazos de la araña también brillan blancos. Algún día la mataré. Cogeré el hilo sobre el que cuelga y la atraeré hacia mí. No la mataré con las manos. La dejaré reposar sobre la pared y lanzaré



mi cuerpo contra ella. Después cogeré su cadáver y lo botaré por la hendidja. Si la dejo dentro del cuarto, se la llevarán las hormigas cuando esté dormido. *Arañita, arañita, estoy otra vez solo, veni, por favor.* Me tiene miedo. La veo temblando detrás de la hendidja. Ahora debe estar blanca con la luz de la luna.



Un diálogo deja sin perspectivas una calle encerrada en siembras de sauces llorones, que desordenan la simetría de las aceras con ramas de melancólicas hojas amarillas.

—Ahora es fácil decir tantas cosas. El niño prodigio acaba hecho un desastre y todos lo habían presentado desde el mismo comienzo, cuando hacía pininos y gateaba.

—No hay que exagerar, pero no podía ser cierta tanta destreza. Ya desde niño cansaba con su precocidad.

—Siempre se resulta precoz cuando alguien observa las cosas de la infancia como si fueran episodios de una historia ideada por un mentiroso. Lo increíble es siempre lo olvidado, que encuentra en la memoria un punto perdido.

—¿Estamos hablando o haciendo pensamientos?

—Cuando se habla de algo sucedido y se conoce lo que pasó, el comentario que cabe es la especulación libre de lo que fue con sus razones o sin razones.

—Quisiera encontrar algo que no tuviera tanta explicación.

—Imposible. Vivir a estas alturas es esfuerzo de explicarse la vida.

—Me disgusta ver así la vida, me dan ganas de abandonar el cerebro y volver a sentir, libre de motivaciones.

—Ahora también se sabe por qué, cuándo, cómo y cuánto se siente. El hombre es un animal medido desde todos sus ángulos. La duración de un bostezo...

—Bostezo, qué palabrita más incitadora. ¡Perdón!

—En esta esquina lo vimos tantas veces.

—Cuando era alguien con su carpeta de papeles. ¡Pobre tipo! Dicen que no dejan verlo.

—Por supuesto, hacen bien. Otra cosa sería abrir su cuarto como un circo. Más de uno hasta pagaría por verlo. El joven señor que tanto prometía, ahora con sus llagas y la mente perdida.

—¿Por qué hablamos de él todas las noches?

—Morbosidad, creo yo. Además, es el plato común del vecindario, que si la sirvienta dice, que si la señora ya no sale, que si se muere o si vivirá indefinidamente, que si lo han encerrado en un cuarto, que si se lo llevan al extranjero. Es la mala noticia que se agrava y sigue agravándose... con los ojos pendientes de ella. Lo grave, lo malo, la catástrofe son cosas hipnóticas.

—Y nosotros ¿por qué nos metemos a ahondar lo que se dice y se piensa?

—Porque nos gusta el espectáculo humano. Vivir es ver a los demás con nombre, apellido y cara, gastarse más que uno en el curso de los días.

—A mí me asusta esa casa.

—Y te gusta. Te haría feliz subir las escaleras y llegar hasta su cuarto, verlo ahí ciego en la oscuridad de lo que fue y es.

—Dicen que se le abre la carne...

—Dicen que gime espantosamente...

—Tengo miedo, hasta estos sauces se ven tan tristes.

—Vamos a otro sitio. Ya hoy no se sabrá nada nuevo. Han apagado las luces.

Soy como un pino que da remolachas. Perfectamente ridículo, la completa perfección de lo imperfecto. Las remolachas se encienden cuando menos pienso. Me escondo, me huyo, me evado. El olor del pino corre matizado con el brillo rojo. A las tres de la tarde, espero a que den las cuatro. A las cuatro me muevo impaciente y continuo esperando. Dan las cinco y he seguido puntualmente el recorrido lento de imaginarias agujas. El tiempo figura entre las calamidades de la vida, y sentirlo pasar es la ceremonia más funesta a que puede asistir un hombre. Debo vivir en una casa alta, pero yo sólo tengo una hendidja, por la que a veces me cae la lluvia directamente en la boca. Cuando llueve temprano, desayuno con lluvia, cuando

llueve en la tarde tomo mi merienda con lluvia, cuando llueve en la noche me siento como un pino con rocío. Entonces me olvido de mis remolachas. Llegan sombras y dicen un montón de cosas de otro. Las oigo y no les hago caso. ¿Qué saben ellas?

—A veces no duermo. ¿Qué será de él cuando faltemos?

—Lo encuentro mejor. Ayer no gritó.

Las sombras dicen, todos dicen, menos las paredes y yo que pienso. Pienso en los pinos claros, que nacen esbeltos y crecen. Pienso en su olor, en su verde fruta, en los caminos que van hacia ellos y en lo que llevan y traen esos caminos. Cuando me canso de pensar, hablo con mi sombra. *¿Va muy largo? Voy a morirte. Adiós.* Entra una hormiga y la sigo. Me gusta matar hormigas. Lo hago como un asesino perfecto. Aquí viene una, la dejo que camine y camine. Me acerco y se aleja. Huele y se detiene. Duda y corre. Se siente acorralada y sigue luchando. Le caigo con el pulgar húmedo y se recoge. Un punto insignificante es el cadáver.

—¿Te sentís bien?

—Blablabla, grgr, uf...

Me limpian la cara con un trapo húmedo que siempre me cuelgan. ¡Que se vayan! Acaba de entrar otra hormiga.

Cuando me canso de matar hormigas, vuelvo a pensar. Pienso en los pinos con remolachas. ¿Habrá muchos? Quiero conocer otro pino con remolachas. Ruego, imploro. Unas sombras que entran me dicen que sí, otras que no. Quizás no haya otro pino con remolachas.

—Vamos, saque la lengua. ¡Saque la lengua!

Un pedacito de plomo frío se me mete por el cuerpo y me hace cosquillas. Quiero reír, pero mi risa asusta. Una sombra se alarga por mi propia sombra. *¿Usted conoce un pino con remolachas? Sí. Enséñemelo, ¡por favor!. Mañana le traigo un espejo.* Esa sombra siempre me dice las mismas cosas. Un día de éstos la voy a matar como a una hormiga. Como a una hormiga gigante. Ya sé que soy un pino con remolachas.

CAPITULO 3

El naipe se extiende en la mesa con los ribetes sombreados por el manoseo que se comió poco a poco el borde dorado y suavizó las cartas por la mecánica de barajaduras y cortes. La cortina de bambú suena con un dejo de tejas sueltas en días ventosos.

—Veo la espada blanca de la muerte cerca de su casa. Quizás pueda espantarse porque de nuevo está unida al niño de oros, la esperanza. ¿Qué extraño? Hay un enfermo en su familia. Sí... muy mal. Un caso inesperado. Le preocupa mucho. No es cosa de desesperarse, el as de bastos es signo de fortaleza y siempre sale junto a su figura. Corte de nuevo. ¿Le tiembla la mano? Tranquilícese usted. Necesito su serenidad y por favor no cruce la pierna, aleja la predicción. Vamos a barajar, no se trata de forzar la suerte, respire hondo y concéntrese. Se ha caído una carta. ¡Qué raro! La sota de copas... no se preocupe, no es mal signo, al contrario, los licores que se derraman representan la buena suerte. Mire con fe las cartas. Un rey que se marcha por un rey que llega y la reina en el centro. Usted es viuda y vuelta a casar, no

hay duda de que las copas señalan un buen destino. Perdió un hijo hace algunos años, una enfermedad imprevista, oscura y después nada... la reina llorosa comprende que el dolor es parte de la vida y enseña dureza, pero eso hace redoblar las ternuras de los que están a su lado. El siete de bastos, firme y bueno, se adelanta por su casa. Nuevos días de paz doméstica, pero no entiendo, sale de nuevo el tres de espadas. Otro hijo enfermo... ahora... Probemos otra vez. Tome la baraja y haga tres grupos. Las cartas se van hacia el amor, ha amado usted intensamente y la fuerza de sus sentimientos ha tenido siempre recompensa. Muy bien andamos de afectos y el porvenir se asoma inspirado en romances; los signos del amor y la felicidad aparecen por todas partes. Es más, un viaje de placer coronará el idilio que usted actualmente tiene, pasará unas felices vacaciones en otro país. Vea que cartas más buenas: el mar, la luna, las estrellas andarán de su parte. Este otro grupo representa el pasado, que casi no tiene carga porque el presente feliz en afectos lo ha hecho olvidar. Ha sufrido usted, pero ya casi no lo recuerda. Tuvo que afrontar serios problemas por intrigas y envidias, todo ya superado. Fíjese que las copas y los oros vencen a los bastos y a las espadas. Este grupo es el de la familia, ha dejado en él sólo cinco cartas: el rey de bastos, el rey muerto y olvidado, con el ocho de oros, que significa herencia ya recibida, las lágrimas que se calman y el sol que amanece con más fuerza. Veamos la otra: el as de espadas, la muerte del vástago, el príncipe que desapa-

rece, un ser que regresa al misterio... y la reina rubia de copas, usted mi querida señora, con aires de seguridad y de fortuna. Cualquier mal en su vida es pasajero, dura lo que una tormenta de verano. Es muy grato leer un destino tan firme y brillante. Noto en sus ojos una honda tristeza. La mejor forma de espantarla es sonriendo. Sonría, usted, sonría siempre que pueda, pues la buena suerte la sigue. Así está bien. Déjeme ver su mano, la izquierda, por favor. Caramba, ¡qué línea del corazón! Segura, espléndida, dos amores cumplidos y uno en camino, y a pesar de que en la actualidad usted ama y es amada, en el futuro se asoma otro romance, tan grato y estimulante como los anteriores. Se le ha animado la cara y con razón. Fíjese que línea de la vida, larga, sin tropiezos, no hay avisos de enfermedad, ni contratiempos, una ruta serena. Después, la línea de la cabeza, despejada, siempre alerta, con una sobresaliente confianza. El monte de Venus confirma las predicciones de las cartas. El amor y la capacidad de amar. Buenos caminos tiene por esos rumbos...

Y la cortina de bambú sigue poniendo repiques a cada palabra...

Nado en el absurdo sin salida. Sé que hubo un tiempo diferente. Llegaba a las cosas y las cosas eran. Ahora soy sólo yo, extrañamente yo: un punto que

aun se puede extender entre las paredes de este cuarto. Podría no estar aquí, pero estoy para adquirir conciencia de eternidad momentánea. El cielo raso es blanco. Es mi cielo. Por él pongo a correr nubes negras, que chocan y empieza la tormenta. La tormenta me trae recuerdos. *¿Jurais a Dios y prometeis a la patria, observar y defender la Constitución y las leyes de la República, y cumplir fielmente los deberes de vuestro destino? Sí, juro. Si así lo hicieréis, Dios os ayude, y si no, El y la Patria os lo demanden. ¿Cuándo fue? Tenía una bandera atrás, tenía un futuro tan amplio como el horizonte. ¿Dónde fue? Estaba de primero en una larga fila de hombres con cabeza pero sin ojos. Una banda disonante se empeñaba en romper las emociones con las trompetas. Una sensación de mareo y un temblor en las rodillas. ¿Quién era yo? Era algo encerrado, definitivamente lleno de llagas y de cargas. Me costaba caminar. No pensaba, decía. ¿Qué decía? Decía que era forjador de destinos, podía tomar las riendas y hablar en voz alta, vertical, creciente. Los recuerdos vienen con las nubes que chocan y desaparecen cuando el cielo vuelve a estar blanco. Estoy encerrado para nadar en el absurdo hasta que me canse, hasta que diga ya no puedo más. Y cuando lo diga, volveré a nadar en el absurdo, porque no hay salida. En este cuarto sólo hay una hendidura, desde donde veo el mundo, pero no puedo salir por ella, es demasiado pequeña. ¿Jurais tener un destino y cumplir con él? Sí, lo juro. Lo juro en mi nombre, en el de mi vida y en el de mi muerte. Ya eso quedó*

atrás. En este absurdo presente no hay muerte, ni tampoco vida. Es el absurdo que no tiene hambre, ni dolor de cabeza, ni temblor en las manos. Es un recurso de la lógica, del pensamiento que teje como la araña que se asoma por la hendidura. Las nubes negras vuelven a correr y esta vez no quieren chocar. ¡Tienen que chocar! ¡Taz! *¿Jurais querer a esta mujer? Sí, lo juro.* Ella fue al principio como un pecho enorme en que me encerraba días y noches, en que no existía la sed, ni el cansancio, en que sudaba como en un desierto y encontraba la brisa de los amaneceres. Después era un refugio, un refugio de escondites conocidos, en que a veces bostezaba. *No puedo más. Yo tampoco. Esto es absurdo. También lo creo así.* Ella fue la primera que mencionó el absurdo. Ahora nado en él sin salida. Tuve un nombre y no lo recuerdo. Creo que había cosas que eran mías, completamente mías fuera de estas paredes y de este cielo raso. Hasta me parece que había unas risas de niños. *Traenos una sorpresa. Yo quiero un mar con barcos de verdad.* Eran pequeños y se me subían como la araña cuando tengo miedo. *¿Cuándo empecé a olvidar? No sé.* Un día me embarqué hacia el absurdo. Este absurdo que tiene peces de colores, que a veces saben a caramelos y se me meten en la boca cuando tengo ganas de vomitar estos líquidos espesos y amarillos. En el cielo se pintan palabras. Calor, cansancio, jaqueca, fastidio... Tengo que encontrar una ventana y escapar. Quiero ver una calle completa y caminarla. A veces logro escaparme y llego hasta los parques. Los niños juegan

con largas serpientes. Les advierto que no lo hagan, que los van a picar, que se van a morir. Me miran como a un loco. Regreso al absurdo, a nadar hasta el infinito.

—Creo que tiene calentura.

—Es una ligera gripe. Deben darle estas pastillas dos veces al día.

¡Si pudiera llegar al mar! Tengo sed. A veces quisiera cobijarme con sus dos pechos enormes y volver a decir: *Sí, juro*. ¿Qué juro? Juro quedarme nadando en el absurdo, y no encontrar nunca la salida, porque no hay salida.



CAPITULO 4

En el pequeño abastecedor una atmósfera agobiante de rostros sudorosos es como una cortina de ruidos secos, un murmullo incesante de comentarios y preguntas sobre la pereza de siempre, el cansancio de vivir en el mismo barrio, la poca novedad de las caras, la rutina de comprar el consumo diario con la imaginación comprimida por los centavos y ese amanecer tan espantosamente igual a los otros amaneceres.

—¿No lo sabe usted?

—He oído algo.

—La vanidad se castiga. Se creían dioses en su gran casona, con más de un automóvil... ahora son motivo de lástima para el vecindario.

—¡Quién lo iba a decir! cosas veremos...

—Arrieros somos y en el camino...

—Nadie debe envanecerse, los golpes se reparten por igual y duelen más a los que no los esperaban.

—Nunca creyeron que cosas así les sucederían.

—Aristócratas y ricos no significa nada ante la desgracia.

—Ayer ella estaba en misa con su mantilla hecha a mano. Todavía cree que la iglesia es un lugar donde se exhiben lujos.

—¿Rezaba?

—Imploraba. Estuvo de rodillas largo tiempo, con la cara entre las manos. Cuando se levantó, le vi los ojos rojos, había llorado. También vi sus pulseras y sus anillos. Esos ricos no pueden encontrar el camino de la humildad.

—Nacieron en cuna de plata con mosquiteros de tul.

—Ahora preferirían los pies en el suelo y tranquilidad en una casa desvencijada.

—Pues quién sabe... los ricos no conciben la pobreza, cuando se llegan a imaginar que no tienen y no pueden, sus palabras suenan a muerte.

—Ni aun así, son los únicos que piensan en sus tumbas y construyen mausoleos.

—¿Fueron siempre ricos?

—Cuando se pasaron al barrio ya lo eran, compraron la casa de los Abarca, que se arruinaron en la guerra.

—¿Qué negocios tienen?

—La política y el empleo público, un baile bien llevado entre los poderes legislativo y ejecutivo. Además, creo que importan algo.

—Mi marido dice que son importantes e influyentes.

—Lo mismo dice mi hijo. ¿Usted sabe que ella se ha casado varias veces? El enfermo es de su primer

marido. Dicen que lo dejó la esposa cuando empezaron los primeros síntomas. A tiempo lo hizo, se evitó la agonía.

—¿Es cierto que apesta y su cuerpo está descompuesto?

—Hay quien dice que tiene la carne abierta en llagas que supuran los humores más fétidos. Ellos no dejan verlo, su vanidad no les permite exhibir sus propias miserias.

—También se comenta que perdió la razón.

—Tal vez sea algo peor... usted sabe esas enfermedades de la sangre... Vergüenza les debía dar, ahí tienen los resultados de tanta cochinado que han hecho. Son bien sucios, aun cuando perfuman sus porquerías.

—Conocí un caso en que la hija nació sin piernas.

—Si usted supiera las cosas que han visto mis ojos. Las picardías de la cama que se lavan con las sábanas. Hay cada caso que da horror. Y precisamente siempre resultan en esas familias que no se atreven a matar una mosca. Las figuritas de voces bajas, delgadas y finas son las que más desconfianza me dan. Yo le digo a mi muchacha, será feo y será lo que se quiera, pero es mejor pedir a los novios un examen de sangre y abrir un poquito los ojos porque estamos en la época de la desvergüenza. En mis tiempos cosas así eran imposibles pero ahora no me extrañaría que los niños nacieran con rabo de gato.

—Supo usted que Isabelita, la de Chabela...

Y las conversaciones de los grupos afines que hacen una fila desordenada ante el mostrador, se interrumpen cuando llega el turno de los pedidos. Entonces frutas, cereales, granos, viandas de diferentes especies, sal, pan, manteca, adquieren la importancia de objetos en compraventa y las voces expertas ocupan el espacio sin la altanería de las subastas.

Estoy cansado.

—Parece que quiere decir algo.

—Tiene fiebre.

Quiero agua.

—Tengo la impresión de que está tratando de hablarnos.

—El no puede hablar.

Por favor, hagan silencio. Quiero dormir un poco.

—Ha cerrado los ojos, está cansado.

Todo el cuarto es una enorme sábana. Larga, sin fin, quiero doblarla para acomodarme en ella y no se deja. Doblo una parte y surgen muchas partes más, se me enredan en las manos. Me mareo como si mil puntos infinitos se movieran a mi alrededor y me llamaran para sumergirme en ellos. Alguien pone algo frío en mi cabeza y me recoge el pelo. Recuerdo que

mi pelo era negro. Ahora no lo sé. Un día de éstos se cayeron sobre el plato unos largos pelos blancos. La luna me los debe haber puesto así. De nuevo la sábana enorme, viene en largas ondas, luego en más estrechas, después en diminutas. Trato de alisarlas y se encrespan por el cuarto como la espuma de una crema batida.

—Está sudando. ¿Cree usted que sea una pulmonía?

—Ojalá lo fuera y fulminante. Así acabaría su calvario.

Las sábanas se afilan y salen por la hendidja. Ahora veo a dos sombras negras sobre mi cama. Altas y oscuras, hablan palabras extrañas y no entienden mi idioma. Por favor, apiádense de mí. Quiero un poco de agua. Tengo sed; he andado tanto los últimos días. Me tocan la frente, me corren las sábanas, que vuelven a llenar todo el cuarto, ligeras, libres, en ondas largas y crespas, toman forma de árboles, de paquetes, de alfombras, de sillas, terminan haciéndose una punta enorme y yéndose por la hendidja de mi cuarto. Me vuelven hacia la pared, me oyen en la espalda, me bajan la pijama y me pinchan fuertemente. Grito y me desespero. No soy un campo de experimentos. Estoy cansado de tantas contemplaciones y de tanto manoseo. Quiero flotar libremente como las sábanas.

—Cada día está más agresivo. A este paso tendrá que tomar medidas serias.

—Si el día entero se pasa en silencio, contemplando el vacío.

Las sábanas vuelven a entrar perfiladas por la hendidura y se extienden por todo el cuarto. Esconden a las sombras negras y apagan esas voces que no entiendo. Hablan siempre de un extraño al que no conozco y al que ligan de manera rara conmigo. Hablan de él y me miran, hablan de él y me tocan, hablan de él y me examinan. Las sábanas se han hecho una nube enorme. Toman todos los colores. Blancas, azules, rojas, negras, grises, celestes, rosadas, cafés. Se vuelven a replegar y se estiran, para doblarse de nuevo, nunca se alisan.

—Ahora está tranquilo. Dejémoslo.

Quiero agua. Un poco de agua. Me muero de sed.

—Tengo la sensación de que quiere decirnos algo.

—Está masticando. Estos enfermos se pasan masticando todo el día.

Estoy envuelto entre las sábanas con esta sed profunda. Son frías y no alivian mi calor interno. Quiero dominarlas, doblarlas poco a poco, hasta que queden lisas y en orden. Ya no se oyen las voces, ni se

ven las sombras. Ahora puedo luchar sin disimulos contra esta corriente de sábanas y sábanas que llena mi cuarto. Si las retuerzo, quizás tengan gotas de agua para aliviar mis labios secos. Las sábanas se revuelven y se extienden en ondas que me exasperan. Nunca he podido vivir en el desorden. Necesito una luz para ir-las acomodando, para dominarlas. Ahora me envuelven de nuevo, me cobijan, se me enroscan, me asfixian. ¡Me están ahogando! ¡Ya no puedo ni respirar! Y cuando no puedo más, me llevan a flotar con ellas, me llenan de ondas, de pliegues, de arrugas. Me perfilan y me sacan del cuarto por la hendidija. No me dejan estar mucho afuera. Se vuelven a enroscar con fuerza, se llenan de nuevos pliegues, de ondas, de arrugas, se hacen delgadas y por la hendidija estoy de nuevo en el cuarto. Es un juego de ir y venir. No quiero jugar. Tengo sed. Estoy cansado. Las sábanas no me dejan en paz.

Un teléfono es siempre dos teléfonos, con dos voces conocidas, una agarrada a su realidad que cree visible y es paisaje de imaginación y presentimiento en la otra, un recuento de números contradictorios ante quien se afirma en el alcance de los ojos, un tejido de incógnitas sobre la voz que se cruza instantánea y llega a un aposento no suyo, ajeno a la distancia recorrida, y al estar tan próxima, tan cercana, tan confiada, ha entrado en un mundo de otras perspectivas, donde está y es parte, pero se mueve oscura y ciega.

—Aló.

Aló. Distancia del instante, acercamiento imprevisto, sorpresa del reconocimiento.

—¿Quién habla?

Habla alguien a alguien, la voz al oído, la identificación sutil.

—Clarita, soy yo, ¿qué tal?

Ya están las voces identificadas, sueltas, con la desnudez de sus énfasis sonoros y el yo es la voz que

escucha y el yo es la voz que habla, por eso cada una responde a una espera dilatada en comunicaciones que no rompe las unidades indivisibles y sin embargo da multiplicaciones relativas de palabras. Yo soy usted es... no, yo soy la que soy y usted es la que es. Un juego de pronombres entre los telones que suponen distancias y son tan sólo una promiscuidad de presencias.

—He estado por llamarte pero hasta ahora no me dejan hacerlo.

La otra vida enseña sus exigencias, sus importancias, sus ocupaciones, para mostrarse concesiva como una sonrisa. Y la otra recibe con el calor dosificado para cada señal de proximidad. Queda clara la suma de las dos otras, aun cuando ninguna reconocería ser parte de una otredad pues se trata de algo propio, que suma únicamente en el mecanismo de lo mío.

—Comprendo, Clarita, en esta época el trajín nos agobia.

El pretexto sobre el pretexto, la voz sobre la voz, sin pausa de silencio, la frase seguida de la frase, tras la pregunta va la respuesta.

—¿Y Antonio?

Otro sin voz que no se puede sumar porque no habla, aun cuando hablan de él.

—Igual, la gripe está cediendo, pero los médicos

no dan esperanza, no dicen mucho, sin embargo ya es fácil deducir que piensan lo peor.

Las frases que se preparan para los informes, nadie puede determinar en qué momento y en qué lugar se pensaron, pero el más pequeño cambio de tiempo y lugar varía el informe, que dicho de otra manera resulta diferente.

—¿Los médicos han dado el diagnóstico definitivo?

Hay quien afirma que las preguntas revelan sin disimulo impaciencias y son más audaces cuando, ocultas las caras, las voces se disparan ante la única presencia de los oídos. Prueba de ello es la construcción deliberadamente velada de los confesionarios.

—Del mal de Hodgkin han pasado a muchas otras enfermedades, sin que todavía sepamos a ciencia cierta el diagnóstico definitivo, para mí eso ha perdido importancia ante la realidad de su estado.

Construida una explicación, la más sencilla, es imposible determinar cuánto hubo de libertad propia del lenguaje y cuánto de imitación fiel de la situación. Más difícil es aun saber cuánto seleccionó el colador del oído y cuánto quedará en el relato que luego se hará de lo relatado, pues en el juego posterior intervendrán memoria y deseo. El problema se complica al pensar que el propio oído es el primer censor y que

cada uno se oye a sí mismo con un automático poder de rectificación, ejercido a veces antes de que la voz se descuelgue por la vía sonora.

—¿Del viaje qué han pensado?... Aló, pensé que nos habían interrumpido.

Una de las voces tiene algo de la tranquilidad que dan las sillas y el contemplar una casa limpia, organizada, donde el único suceso insólito es la necesidad de cambiar una lámpara en el piso superior.

—Nos han contestado lo mismo de diferentes clínicas, no aconsejan el viaje. Ante eso, ¿qué podemos hacer? Tony no está en condiciones de ser trasladado de un lugar a otro en busca de esperanzas.

La voz siente satisfacción de descargar preocupaciones y de oír la serenidad de una conducta hilada con la lógica grave que exige la gravedad de los hechos.

—¿Y no se podría traer a un especialista?

Cuando se han cubierto las salidas para justificar la única, alguien se complace en abrir un hueco hacia el cielo. El otro se identifica con el otro de uno mismo, ése que aparece en los sueños y se hunde cuando el piso está firme y se cae cuando se iba a alcanzar algo.

—Hemos pensado en eso. Pero, especialista en qué si todavía no sabemos cuál es el mal.

Los temas se agotan desde el momento en que una mención hace adivinar los episodios siguientes, o quizás cuando se sobrevienen las palabras en los rostros invisibles y lo escondido aparece como un secreto evidente.

—No hay que desesperarse, la solución aparecerá cuando menos se piense. Con mamá y mis hermanas estamos haciendo una novena por su salud... Ya verás. En todo caso, los tenemos muy adentro, cuenten con nosotros y si en algo les podemos ayudar...

¿En qué momento empieza el plural? ¿En qué momento no soy yo si no nosotros? ¿En qué instante desaparece el otro sustituido por los otros y no se habla al otro si no a los otros? Las sumas exigen computadores electrónicos, la humanidad se filtra por los teléfonos.

Me estoy moviendo hacia un punto inmóvil. Ha sido largo el camino, primero encontré piedras. Unas piedras enormes que parecían cantar como cantan las personas gordas, con ruidos que nunca terminan. Casi me quedo sordo. Los sonidos se me metían por el cuerpo y me hacían vibrar como a una cuerda tensa. Después me encontré con un mundo de ranas. Ranas verdes, ranas blancas, ranas flacas, ranas rellenas. Estaban sobre las hojas y eran parte de las plantas. Tenía miedo de majarlas y pasé de puntillas. Más tarde me fui topando con las flores, olorosas, podridas, re-

surgientes. Brotaban de todos los lugares, hasta del aire. Creí que me ahogaba con sus perfumes. Tuve que flotar para atravesar el laberinto de flores. "¿Estaré llegando o me estaré perdiendo?" Me metí por dentro de la tierra y las raíces querían aprisionarme. Se movían constantemente y al tropezar con ellas sentía verdaderas garras. Húmedas, babosas, con lombrices en las puntas, que se encogían y me enterraban unos colmillos negros. *Tengo tierra hasta en la nariz.* Salí escarbando, con la misma fuerza de una raíz que quiere convertirse en un tallo verde. Cuando estuve afuera, creí que lo mejor era pararme. Entonces me convertí en un panal. Me cayeron las abejas, zumbando con un eco de tambores. Me sembraron de cera. *Tengo que moverme.* Seguí caminando hasta que tropecé con alambres de púas. Alambradas que me ataron, me quitaron la ropa, se me metieron en la piel, se quedaron con gotas de mi sangre. *Debo hacer algo.* Un hueco en el vacío. Por fin comprendí que eso era la vida. Un hueco en el vacío. Las manos tienen los huecos más infinitos del mundo. En ellos cabe todo, más de lo que puede retener un hombre. Hice un cono con las dos manos, un tubo cálido, suspendido en el vacío y me metí por él. *Y me meto por un huequito y me salgo por otro.* Algún día alguien me dijo eso, al terminar una historia. Yo me meto en el hueco y no saldré más. Ahora sé que he llegado al punto inmóvil, donde todo está suspendido. Tengo el pelo flotando en el aire; el riñón despegado; el corazón como el de la araña, guindando de un hilo; los

ojos fijos en un laberinto sin fin. Veo que un hombre clava insistentemente por el otro lado del río. Oigo los clavos que se entierran en la madera. Siento el comen- jén temblar y preparar sus huecos oscuros, sus caminos de soledad combativa. Boronas de madera saltan, como rebanadas de pan. Un amarillo paja, sombreros de primavera. A veces pienso en los recuerdos que debo tener. Cuando no los encuentro, los invento. *Ahora sigue el invierno. ¿Qué invierno? Aquí siempre llueve.* Llovía cuando la encontré. La cara la tenía sombreada por un pañuelo manso que le tapaba el pelo y le corría un poco rebelde por su nuca de pálido blanco. ¿Cómo se llamaba? ¿Isabel? No, Isabel era torpe y vieja, usaba peinetas con lentejuelas brillan- tes. ¿María? No, María era una oración que nunca entendí. Se llamaba Trini, era blanca como imagino el reverso de mi piel. Le gustaba quedarse callada mien- tras sus manos jugaban con el vello de mis brazos. ¿Cómo era su voz? Cascada como la de un río, y sabía no decir nada cuando nada había que decir. Llo- vía después de que me dijo adiós. Se subió a una alta ventana y agitó su pañuelo perfumado. Luego lo echó al hueco del mundo, sin gesto de voluntad. Yo tam- bién eché todo lo de ella al hueco del mundo. Tenía muy poco. Un rizo amarillo que olía a éter, una cami- sa llena de boronas de camisa, una media que se le mojó en un río y le guardé en mi bolsillo, unas pastil- las para los nervios y una cajita de chiclets vacía, con sus iniciales. Porque era maleducada y dejaba sus ini- ciales en las mesas, en las sillas, en los árboles. *Poné*

las tuyas a la par y pintá alrededor un corazón. Nunca pude. Los corazones dibujados me parecían un lazo de mecate demasiado fuerte. Llovía cuando me recogieron en la calle. La lluvia recorría mi cuerpo y me llenó de frío. Me recogieron como a un tronco inmóvil, sin flores, sin musgo, ni líquenes. Ahora eso no tiene importancia. He encontrado mi punto inmóvil. Un hueco en el vacío por donde me meto para ser.

Los laberintos se forman cuando una voz se adelgaza y siente que ha perdido los vínculos de algo anterior. La voz se convierte en una no voz disfrazada de silencio, como la necesidad imperiosa de un deseo en el juego inconcreto de las salidas. También puede ser la no voz en el depósito de los largos monólogos que perdieron la secuencia y olvidaron los estímulos. O quizás la no voz en el inicio de parlamentos sin lenguaje en que un rostro heroico decora el espejo profundo, cuando se pierde el ritmo prosaico de los reconocimientos. El laberinto es un juego de voces y ecos, en que faltan los llamados y los nombres.

—No diga usted eso, Dios ha previsto el dolor como elocuente invitación a preparar el alma hacia el más allá.

—El era bueno, un muchacho confiado. ¿Por qué tiene que sufrir tanto?

—Conscientemente no pudo sufrir, quizás el lado risueño que encontró en la vida no se lo permitió. Ahora sumido en la inconsciencia, está depurando el alma.

—¿Por qué tiene que ser así?

—Porque los caminos de Dios no son tan claros como sus metas.

—Sus palabras me desesperan y no me alivio. No entiendo su sufrimiento ni entiendo por qué debe sufrir.

—Para usted ha sido muy fácil la vida, el primer obstáculo que encuentra la ciega.

—¿Qué sabe usted?

—¿Qué más debo saber para comprender su pena y orientarla hacia Dios?

—Sabe que perdí a mi esposo y a Fernando, mi hijo menor.

—La muerte de los seres queridos nos acerca a la vida eterna. Ellos facilitan el viaje:...

—¿Y si no hay vida eterna?

—No es bueno que el dolor la llene de dudas. La fe y la razón nos dicen que hay vida eterna, pero a veces nos rebelamos y nos da por imponer la arbitrariedad. Cuando se tiene una pena, la desesperanza se apodera del espíritu con un hálito diabólico.

—Desde niña creí que Dios era todo bondad. Me cuesta concebir que debamos reconocerlo a través del dolor.

—El dolor es un camino que nos redime para hacernos dignos de la presencia divina. ¿Se imagina que podemos llegar ante El con nuestro egoísmo y con tanta culpa? No, claro que no. Es necesario limpiarnos, lavarnos. El dolor lo hace.

—¿Qué culpa tenía él? Ya ha sufrido bastan-

te, bien podía mandarle ahora algún signo de mejoramiento.

—El ha sido llamado...

—No quiero que sea así. Es mi hijo mayor y no puedo perderlo.

—Algo hay que ofrecer al Señor.

—Está bien que sea algo, pero no que sea alguien. No puedo conformarme, ni siquiera entiendo por qué debo conformarme.

—Le confieso que hay golpes al principio incomprensibles, pero luego a lo largo de la vida los designios del Señor se aclaran. Hoy el dolor como las lágrimas le enturbian la vista. No quiero dar crédito a sus palabras, lo que ha dicho ahora no calza con su personalidad, usted en realidad piensa distinto.

—Pienso que él se muere...

—Hablemos de otra cosa, a veces no es bueno ahondar el dolor. Hoy el motivo de mi visita... quiero decir que me han delegado para solicitar su ayuda...

—¿Por qué las oraciones no resultan?

—Orar es un acto de paciencia y humildad. Como usted sabe estamos construyendo una casa comunal y las señoras organizadoras han pensado en usted...

—Nunca he pedido con tanta fe...

—La fe debe ser siempre el apoyo de nuestras acciones. Le decía, se ha considerado que usted podría contribuir...

—Antes no me había dado cuenta de lo que Antonio significa para mí.

—La maternidad es el sentimiento más sagrado

de la mujer. La casa comunal se inició en enero, ¿recuerda usted?

—Casi no recuerdo cómo era. ¿Cómo se puede olvidar tan pronto? Quisiera ver de nuevo sus ojos de niño y comprender lo que había en ellos.

—Pureza y bondad seguramente, debe haber sido un niño excelente. Se ha pensado que su contribución podría dedicarse a la compra del techo...

—El ahora tampoco me recuerda...

Y la proximidad del laberinto es el abismo de cada uno, en que no se quiere caer para encontrar la no voz negada, incomunicante vaso construido en el desvelo con el marfil de los huesos que se ablandaron por no caminar aquel acento, su acento, de páginas rotas en el perfil de un sueño irreversible o de memorias apagadas por la comodidad de un tiempo fluido o de tantas afirmaciones fáciles para adormecer el rito de un regreso hacia un punto perdido en el crecimiento.

Hoy llegó una sombra visita. Supe que era una sombra visita porque traía un vestido brillante y se sentó muy formalmente, con las piernas cruzadas. Me miró con curiosidad y no dijo nada. Tendí la mano para alcanzarla y la mano se me cayó en el precipicio

de mi vacío. Empecé a hablar, porque me tenía intranquilo esa mirada fija.

—Está viendo que soy un pino con remolachas. Ya me he olvidado de eso. Ahora estoy viviendo en mi propio hueco, pendiente en el vacío infinito y no le tengo miedo a nadie. No es fácil llegar hasta aquí. Sólo lo pueden hacer los magos y los ángeles, que son muy pocos. Usted no tiene hueco ni vacío, pero eso no importa.

La visita me oyó hablar sin alterar un músculo. Cuando menos pensé, empezó a brincar. Primero lo hizo con la silla, después encima de ella, finalmente la arrastró por el cuarto haciendo un gran estruendo. Pensé que quería invitarme a brincar con ella, para que abandonara mi hueco y me reí. Cuando me río, la gente piensa que grito. Se asustó mucho y corrió hacia la puerta, sin dejar de verme. Tuve ganas de asustarla más y más... pero me dio miedo moverme y caer en el precipicio de mi propio hueco. ¡Hay que ver cómo me costó recobrar la mano! Se fue acercando poco a poco. Lo más raro es que podía nadar en mi propio vacío. Así llegó hasta el borde de mi hueco. Me puso la mano en la frente. Estaba fría.

— ¡Pobrecito! ¡Mi pobrecito!

Sentí que recogía algunas de mis remolachas y las guardaba en una bolsa inmensa. Se inclinó un poco

más y tuve miedo de que me mordiera. Sé que hay gente que delira por las remolachas. Cogí una rama de pino que tengo seca; le adelanté un latigazo. Volvió a retroceder.

—Nadie te va a hacer daño.

Me estaba hablando igual a como les hablo a las hormigas. Volvió con su mano fría y empezó a acariciar mis remolachas. Estaba seguro de que venía a robarme algo. ¿Será un mago? No, no era un mago ni un ángel. Los ángeles llegan en las tardes desnudos y se sientan en mi orilla a cantarme. Ayer fue una canción muy linda.

*Los caminos están solos,
verdes y limpios,
por ellos el silencio
rueda azul y rueda negro.*

Ayer canté con los ángeles. No tan fino como ellos. Mi voz es pesada y oscura.

*Estoy remendando mi soledad
con hilos de hambre y pena.
Tengo bordes de fuego,
tengo bordes de quejas.*

Sus dedos se detuvieron en una remolacha enorme, que se revienta en mi frente. Algo me recordó esa

mano fría, que cae pesada sobre las cosas. ¡No! No me recordó a mi madre. Ella tenía los ojos azules y se perdió un día entre las piedras. Ella tenía las manos delgadas, que daban sombras como puñales. Ella tenía un cabello gris, recogido con una cinta verde.

— ¡Ay Dios! ¿Por qué este castigo? Yo no entiendo.

Vi una lágrima entre sus ojos, la vi a través de mi remolacha esponjosa, por eso creí que era roja. No. No era mi madre. Mi madre nunca tuvo tiempo para llorar. Recuerdo que no vino en navidad, porque otro niño nació. Recuerdo que llegué solo a la escuela, porque uno de tantos se murió ese día. Recuerdo que no estuvo en la iglesia, porque otro empezó con las remolachas en la garganta. Recuerdo que muy poco hablamos, porque cuando hubo tiempo ella mencionó un ayer mal relatado y yo le hablaba de un presente inconcluso, sólo para callar un futuro que no podía entender. Recuerdo que siempre había una cuna, un llanto, un balbucear lento. ¡No! No era mi madre. Ella no tendría tiempo para llorar.

— ¡Si hicieras un esfuerzo!... ¡Si encontraras algo para salir adelante! Sólo la voluntad de Dios...

¡Qué extraño! Quizás era mi madre en realidad. Sólo ella habría podido hablar de un esfuerzo, cuando todos los esfuerzos se han terminado.

CAPITULO 7

Un cuarto es el signo explosivo de una civilización que ha logrado comprimir las relaciones en el trato sustancial de una fotografía, de un horario, de un recordatorio, junto al adorno y a las cortinas que el sol se empeña en desteñir con la persistencia de una brisa, hecha dosis de temperaturas.

—¿Es este Tony?

—Sí, Tony en sus buenos tiempos. Estaba soltero entonces. Creo que tendría unos 22 años, ya había terminado su carrera.

—¿Lo conocías entonces?

—Claro, casi crecimos juntos. Mi casa estaba a las dos cuadras de la suya. Como era sola y mis padres muy estrictos, sólo me permitían jugar con sus hermanas.

—¡Qué tiempos aquellos!

—Dos veces por semana iba a su casa y dos veces por semana venían ellas a la mía. ¿Conocés a Lucrecia y a Margarita?

—Margarita la más linda. Se casó con un diplomático, ¿verdad?

—Luis de la Fuente. Ahora están designados en Turquía. Margarita se ha dado la gran vida. Tony y yo en un viaje que hicimos a Europa la visitamos. Estaba en esa época en París y vivía como una gran señora, con colecciones de muebles antiguos y otras extravagancias. A su lado parecíamos un par de campesinos.

— ¡No me digás! Siempre fue vanidosa y muy segura de ella misma.

—Pero buena en el fondo. Claro que yo quiero más a Lucrecia. Todos los jueves tomamos el té juntas, es la única con la que no interrumpí relaciones después del divorcio. El resto de la familia se enfrió.

— ¡Incomprensible! Lo de ustedes fue de mutuo acuerdo.

—Antonio fue quien lo propuso. Quizás para entonces ya estaba algo enfermo. A estas horas no se puede saber con certeza. Creo que te lo conté.

—No recuerdo.

—Un día, después de la comida, nos sentamos como de costumbre en la sala, él con sus libros, yo con mi labor. Llevábamos ya días de hablar apenas lo elemental. No creí que esa noche se produjera alguna novedad, salvo la de aburrirse como de costumbre. Empezó a hablar lentamente pero en una forma nerviosa y deshilvanada.

— ¿Siempre fue así?

—En realidad sí, aunque no tanto. Tony me lleva cinco años. Cuando lo conocí era un jovencito callado. Me parece verlo con un lápiz frente a sus eternos problemas de matemáticas. Tenía cosas curiosas. La

necesidad de un lápiz entre las manos, como si lo más mínimo fuera digno de anotarse.

—¿Aquella noche mencionó a Juan?

—No, nunca supo lo de Juan. Me habló de que nuestro matrimonio estaba agotado y sólo teníamos la alternativa de agotarnos nosotros mismos dentro de él. Ahora pienso que no había lógica en su razonamiento y quizás era un signo de la locura que lo consumiría después. En aquella época no pensé en nada, sólo en que era mi propia tabla de salvación. Y cuando dijo: el divorcio podrá hacerse rápidamente y tal vez aun haya oportunidad de que cada uno recobre el tiempo perdido, sentí ganas de besarlo... Ahora recuerdo, algo me detuvo. Tuve el presentimiento de que estaba frío como un muerto.

—¡Qué curioso! Ahora el pobre Tony tan mal. ¿Qué dice Lucrecia?

—Hemos hablado en calma sobre su estado. Ella es muy especial. Cualquiera diría que es insensible, sólo porque trata de ser esencialmente realista. Su diagnóstico sobre Tony es muy claro. Cree que ha sostenido una larga lucha espiritual contra el ambiente y ahora el conflicto es más intenso, una guerra atroz entre el cuerpo y el alma.

—No entiendo.

—Lucrecia tiene sus teorías, es un poco espiritista y sostiene que la vida es una depuración. Para ella Tony se está depurando.

— ¡Qué imaginación! Debería ser novelista.

— Cuando la oigo decir esas cosas me callo, porque habla como si estuviera iluminada. Ella asegura que Tony nunca ha sido de este mundo y por eso es difícil comprender su caso. Dice que no ha vivido, sino que se ha figurado vivir. Cada tropiezo se ha convertido en un duro golpe. Se lo imagina soñando la realidad y despertando sin poder acomodar las imágenes del sueño con las reales. Me gusta oírla hablar.

— Debe ver tu divorcio como un espejismo dentro de la vida de Tony...

— Sí, así lo ve. Cree que soñó conmigo y cuando despertó en algún momento no coincidió con su sueño.

— ¿Ella tampoco sabe lo de Juan?

— Por supuesto que no, hemos manejado ese asunto con mucha discreción. Tu hermano es un caballero, todavía ahora nos vemos muy poco en público. Ambos hemos convenido en que es mejor esperar que Tony...

— ¿Será pronto?

— Lucrecia lo ve ya como ido. El jueves pasado me comentó que no usará luto. Me dijo algo muy gracioso. Según ella, el vestido negro lo debería llevar ahora que está casi agonizando; no después, cuando ya Tony sea un recuerdo. Lucrecia es muy original, tiene sus ideas y las expone sin miedo.

— La gente la criticará.

— Han dicho que es marimacha, ella no lo ignora y se ríe, tiene la seguridad de ser muy mujer. No le da importancia a los comentarios, ha hecho un reino

independiente en su hogar. Vive feliz con Carlos y los chiquillos.

—¿Cuándo vas a quitar esa fotografía?

—Ni siquiera lo había pensado. Será porque no me estorba, nunca la veo. Ahora que me fijo... Tony tenía los ojos tristes.

—Más bien tiene cara de idiota.

—¿Lo conociste?

—De vista nada más, nunca me pareció guapo. Le encontraba un aspecto enfermizo y una seriedad de tonto.

—Era inteligente, pero en un plano que no se percibe a primera vista. Esta fotografía es extraña; el retrato de un muerto que todavía es mi marido ante Dios. La voy a quitar de aquí, la mandaré al cuarto del patio. Ahora... no sé, su presencia se me hace insoportable... Por cierto, la película de ayer me divirtió mucho, para mí las mejores siguen siendo las musicales. Anoche no podía tener los pies quietos, qué ritmo. Voy a pedir el té.

—¿No te apetece dar una vuelta? Así respiramos aire fresco y aprovechamos que no llueve. El té lo podemos tomar en cualquier sitio.

Y sin más preámbulo que cargarse de objetos ambulantes, el cuarto pequeño se convierte en cuarto grande, donde caben muchas cosas y otros seres vivos en el rato que permite la circunferencia sensitiva de cada quien.

Quiero un lápiz para escribir mis memorias en este hueco, en este vacío, suspendido en mi propia inercia. Quiero contar mis experiencias, hablar sobre la andanza de mi propia sangre. A veces sube revoltosa hasta la cara, como una marea fuerte. Siento que me llena los ojos y parece que gotea sobre los dientes. Las encías se vuelven almohadas abotagadas, las punzo con los colmillos y un líquido hediondo se me enreda en la lengua y me baja espeso por la garganta. Otras veces, la sangre corre, sube y baja, campaneaa y me brinca por el cuerpo, como si quisiera reventar sus propios ríos. Eso pasa cuando está en crecida y busca la inundación. Muy quedito la oigo en sus carreras, temeroso a que me reviente como un enorme lago. Después queda en calma, se baja a las rodillas y a los pies, que me duelen con su carga de sangre revuelta. Hace embalses hasta que la piel es un hule que se infla. Los cauces vacíos la empiezan a llamar dolorosamente, hormiguan, claman desesperados. Y la sangre vuelve. Quiero un lápiz para escribir sobre las cosas que siento y no siento en este paraje solitario. Un lápiz que escriba sobre las nubes blancas que tengo como vecinas y ahora están rígidas y mansas, porque la brisa se acaba en momentos y no vuelve a latir hasta que llegan los eucaliptos altos y empiezan a mover abanicos azules. Con un lápiz puedo describir la cultura de los magos, que abren paquetes en todos los lugares del mundo y ahora veo tienen llaves incoloras para responder a las ingenuidades y a las malicias. Describir a esa gente que tropieza, apenas tropieza y no se cae

del todo. Quiero un lápiz. No me importa que sea pequeño como el ojo de la araña, que todavía hace cortinas en la hendidura. Con uno así pequeño puedo describir esos tropezones en los bordes de las camas, de las mesas, de las escaleras. Con un lápiz podría gritar a los hombres que es necesario caer del todo, que deben dejar de sostenerse, que en el vértigo está la esencia, que en la caída está la vida. ¡Quiero un lápiz! ¿No hay nadie en el mundo que me oiga? ¿Por qué perdí los oídos y recuperé la voz? Con un lápiz me puedo defender. ¡Y debo defenderme! Tengo que explicar a mis compañeros por qué he matado a las hormigas y por qué planeo el asesinato de la araña. Tengo que decirles de dónde vienen mis remolachas y por qué son rojas. Tengo que enseñarles a rezar. Ya casi todo lo sé, menos reírme. Todavía grito cuando me río. ¡Yo! Yo, metido en este hueco de mis manos, en este vacío perpendicular de mi total caída. Yo, que antes me asfixiaba en asma interminables, ahora con todo el aire del mundo, con los pulmones afuera, como los motores de unos aviones en tierra, caídos, naufragados. Con un lápiz podría contar mis memorias, mis soledades, mis explosiones en pequeñas muertes, que he recogido para meterme en el hueco inmenso de mis manos convertidas en un tubo, largo laberinto donde reposa el germen de todos los pinos con remolachas. Sin oídos, pero con un lápiz. ¡Quiero un lápiz! Lo he pedido a los que se acercan, no me entienden. Los pobres tienen remolachas que les crecen internamente hasta dejarlos sordos.

CAPITULO 8

- ¿Qué hora es?
— Las ocho y quince.

No hay tiempo más largo que el convertido en mientras tanto. Parece un interminable corredor sin ventanas donde unos relojes suenan a chirridos de débiles angustias y dan subsegundos de un tiempo que se complace en avanzar un paso y retroceder tres o cuatro.

- ¿Decías?
— ¿Yo? No he dicho nada.

Se oye una lluvia que no cae y se contempla una calle que no existe.

- ¿Azúcar?
— No, hoy no quiero azúcar. Anoche me molestó la agrura.

Lo dicho tiene un dejo de lentitud como si las palabras estuvieran cifradas y lenta, lentamente, llega-

ra la comprensión de lo sencillo con una vergüenza de trivialidad inoportuna.

—¿Agrura? Me hubieras despertado, siempre dejo a mano un poco de bicarbonato.

—Te acostaste muy cansada y no me gusta interrumpir tu sueño.

La soledad del ciego y la soledad del sordo volcadas en la soledad que oye y ve más allá de lo presente, como si el aislamiento fuera un viaje remontado por impulsos disueltos en tentativas que encienden velas cuando las luces encandilan y las apagan al pisar la oscuridad con la fuerza de humos calientes.

—Hace calor.

—Yo en cambio, siento frío.

La repetición de un ruido se convierte en murmullo obsesivo.

—Siempre me olvido de ordenar la poda del pino. Cuando el viento lo mueve contra la casa... detesto los golpes secos de las ramas.

—No lo había oído, a mí me molesta ese parloteo de las sirvientas en la cocina. Si llegamos a remodelar la casa...

La obsesión se acaba cuando otra se abre campo

y se acomoda sobre los sentidos a tiranizar desde el concéntrico afán que despierta.

— ¡Qué dolor de cabeza!

— A mí me duele la espalda. ¡Esta desgraciada columna!

La queja desvanece el dolor y hay cierto placer en quejarse, como la refocilación que se puede imaginar en las aguas que encuentran un canal abierto para correr y correr sin preocupación del rumbo.

— ¿Qué hora es?

— Las ocho y quince.

Un mecanismo incansable de cuerdas, agujas, ruedas rotando sobre sí mismas con la persistencia de un gesto necio, engranajes complicados que de pronto resultan la fotografía de la inactividad lograda desde el ángulo impaciente, que hace perder el ritmo acompasado en la imperceptible marcha de imágenes acomodadas al lenguaje franco de los espejos que se miran sin mirarse.

— ¿Decías?

— ¿Yo? No he dicho nada.

Una estructura organizada de pequeños actos iguales hace iguales preguntas, despunta iguales sonrisas, materializa iguales gestos, prepara iguales tropie-

zos, digiere iguales olvidos, alisa la igualdad profunda de las soledades.

—Hace calor.

—Sí, hace calor.

Ya no vale la pena pensar en respuestas, un movimiento de cabeza, un leve afirmar cualquier cosa va diluyendo las presencias en la densa lentitud del libro inconcreto, que se escribió con los signos invisibles de un pensamiento hecho de grandes y pequeños desganos confundidos en bostezos que peregrinaron por dentro y por fuera con la insolvencia real de las cosas no recordadas.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y quince.

He conseguido el lápiz. Me lo trajo una sombra larga, sin pestañas, que a veces cacarea la paz de la noche. Lo puso en la alfombra, con parchones de los líquidos amarillos que no se quieren quedar en mi estómago. Quise alcanzarlo sin moverme de mi hueco. Hice una larga tira con la camisa de mi pijama, pero al final faltaba una mano que lo recogiera entre los de-

dos. Se movió apenas y cayó dentro de una mancha roja, que fue una flor. La recuerdo. Una flor con los pétalos simétricos, entre grises. Una flor muerta, desecada, expuesta en pedazos rojos. Llamé al lápiz desde mi agonía. Lo llamé con la voz más sincera que tengo. Se levantó y volvió a caer. Sonó como si algo por dentro se le hubiera quebrado. ¡Si lograra bajar los pies del hueco y recogerlo! Hice un esfuerzo. Los tenía llenos de sangre, pesados, inútiles. Con lentitud los moví. Ya afuera cayeron sobre la alfombra como dos pesadas piedras. Cayeron en la mancha amarilla, a diez pulgadas por lo menos de la flor roja. Me agarré fuertemente al borde de mi hueco, en la parte más fuerte, la de mis pulgares. Con los ojos cerrados de emoción y miedo, fui tanteando la alfombra, hasta que encontré el lápiz. Lo cogí demasiado precipitadamente. Cuando fui subiendo los pies, lleno de gotas de sudor en la frente, se abrieron con voluntad de subir. El lápiz partido en dos rodó lejos. Los pies quedaron flotando, como partes extrañas a mi cuerpo. Quise que pasara un viento y los cortara. Como si adivinaran mi deseo, se encrespaban furiosos y subieron por su propio esfuerzo. Chorrillos de sudor me corrían por el pelo. ¡Qué cansancio! Las dos partes del lápiz, los dos lápices, me miraban cada vez más lejanos. Vi que dos hormigas los olían, se cuchicheaban y luego corrían. Llegaron otras más. Muchas. Llegaban por todos lados. Les lancé la larga tira, la lancé con toda la fuerza que tenía en la boca, las manos no las podía ocupar, son mi punto de suspensión en el vacío. Se asustaron

un poco y alguna perdió una pata. Pero, sobre la tira empezaron de nuevo a caminar y a organizarse. Ya estaban casi listas para cargar el lápiz más pequeño. ¡No podía dejar que me lo robaran! ¡Esas asquerosas hormigas! Me corté con los dientes una remolacha y la lancé. Cayó lejos de ellas. Me corté otra con mejor suerte. Dio en el blanco. Las hormigas y el lápiz se untaron de mi sangre. No aguantaba mis dolores, me encogí como un gusano herido. Tenía dos chorros abiertos. Las hormigas volvieron. Más. Muchas. Parecían parches negros sobre la alfombra. También llegó la araña. Se quedó mirando el lápiz grande. Se relamió las patas y empezó a tejer febrilmente un fardo. Empecé a gritar y con los gritos me salían lágrimas desesperadas, coléricas. Era una confusión de gotas de sangre, de llanto, de sudor.

— ¡El ataque! ¡Le ha dado el ataque!

Señalé a las sombras que entraban aquel robo que me hacían en la alfombra. Me ataron los pies y las manos. Aquellas desgraciadas sombras también eran cómplices de las hormigas y de la araña. Mi propia voluntad me retuvo en el hueco.

— ¡Se ha herido! ¡Está sangrando!

Me cubrieron de vendas y me forzaron a tragar pastillas. Me encogí de nuevo. Cerré los ojos porque las hormigas corrían por la puerta abierta con su botín, y

la araña seguía moviendo los hilos hasta que paró al lápiz y lo fue meciendo hacia la pared.

— ¡Nunca lo he visto tan mal! Creo que hay que llamar al doctor.

Salieron precipitadamente. Claro, ya sus cómplices se habían llevado mis lápices. Llegaron los ángeles a cantarme.

*Todo se va, todo se pierde,
nada se guarda, nada se queda,
el principio del fin,
secula seculorum amen.*

No respondí a sus canciones. No podía. Tenía también atada la esperanza de vivir. Cansados de cantarme se fueron, o quizás los dejé de oír. Empecé a sentir unos dolores intensos en las remolachas cortadas. Las gotas de sangre que ya salían despaciosamente, me cortaban de nuevo la carne y herían con navajas filosas las partes más tiernas de la piel. ¡No podía aguantar más! Quise gritar. ¡Gritar! No... no lo hice, vendrían de nuevo con más amarras, con más pastillas, con más líquidos amarillos. Metí mis dolores por dentro y cuando no pude más empecé a vomitar. A vomitar afuera de mi hueco, afuera de mi vacío, afuera de mi voluntad. Entre los dientes quedó algo. ¡Un lápiz! Un pequeño lápiz de color verde.

CAPITULO 9

Una luz de rótulos de colores, sin la hilera de bombillas listas a entrar en el juego de candilejas preparadas mecánicamente para turnos rojos, amarillos, azules, verdes. Una luz con la frescura solemne de lo transitorio y la belleza trágica de lo efímero. Esa luz, con la fuga esplendorosa del viaje, pone tonos de un rosa dorado en los rostros que parlotean sobre un silencio roto por chillantes voces que no oyen ni se oyen, por el roce de sedas y de uñas largas que escarban sin querer hilos y desordenan la encerada superficie de los tejidos, por las servilletas que se arrugan con retazos de rojo y blanco, por el tintinear femenino de tazas, vasos, floreros, collares y pulseras, y por la risa coqueta que se detiene prudente en el rasgo agraciado.

—...Anoche terminamos casi a las dos, ¡puchis qué suerte!, gané hasta con las manos más malas. Apenas si tuve tiempo de fijarme en el vestido de Yolanda, a ella le iba bien, pero a Teresa se le hubiera visto feísimo...

—...No, ahora ya no se usa el floreado, los figurines traen de nuevo las rayas, es una ventaja porque

adelgazan. ¿Por qué no vino Graciela? Por ahí me dijeron que doña Luz no anda muy bien...

—...Carlos afirma que el negocio es bueno, yo tengo mis dudas, algo me dice que por el carácter de Mario no resultará. Con su temperamento se hielan las cosas. Mañana te devolveré la revista, ya probé la receta del escabeche...

—...Sólo pude hablar con ella por teléfono, dice que Tony sigue igual en un tono que no puede disimular lo mal que va. Deberíamos hacer el baile a finales del mes entrante, así tendríamos seguridad de que para entonces no habrá peligro de suspenderlo. Parece seguro el contrato de la orquesta...

—...Adela, ¡Adela!, te estoy hablando desde hace rato, bajá de las nubes. Quería confirmar si mañana hay reunión en tu casa. Voy a llevar pastelitos de chiverre...

—...No sé, es difícil decírtelo. A veces no sabe una si el cambio de la costumbre es lo que molesta, o al contrario es lo que atrae. Tu nuevo peinado me tiene desconcertada...

—...¿Es cierto que fuiste novia de Tony? Pues de buena te salvaste. Con tu carácter, tus nervios y esa enfermedad tan extraña que lo está matando. Tu Emilio es muy saludable...

—...Pasó de pronto, nadie había esperado que Inés se enojara. Claro es cierto que en más de una oportunidad y por más de una vez, Susanita había mencionado la estafa de la cocina que le vendieron, pero a lo mejor no sabía que el marido de Inés es el

dueño de la fábrica. Dijo cosas horribles sobre la gente que no pagaba sus deudas. Lo peor de todo fueron las palabrotas que se cruzaron porque Susanita no se calló. Las más prudentes no sabían qué hacer. Por dicha la situación la salvó la tonta de Marta, empezó a reírse hasta contagiar a las espectadoras. Como las dos que se peleaban pasaron a ser hazmerreír de las demás, acabaron por unirse, muy contentas entre ellas. De esas orilleras se puede esperar lo peor, se les cae el barniz cuando una menos piensa. ¿Te conté lo que sucedió con Carlota? Se puso a hacerle unas preguntas de lo más indiscretas a Lucrecia...

—... La casa les quedó bien, pero se nota que les faltó dinero para los detalles. Claro, como son pretenciosos han alegado que ahora está de moda lo rústico. A mí no me pasa que la falta de répello y los pisos de cemento sean los apropiados. Ellos con sus disimulos son capaces de pasar por oro un candelero plástico...

—... Mañana cambiaré el auto, al fin logré vencer a Luis que esa cacharpa es deprimente. Hasta los chiquitos se resisten a pasear. Más de una vez nos hemos quedado en medio camino. Luego de hacer el trato, empezaré el lavado de cerebro para el cambio de los muebles.

—... Nadie puede negar que es una buena persona, pero su frialdad asombra. Alguien me dijo que su origen aristocrático la hacía aparecer imperturbable. ¡A mí con esas vainas! Yo, nieta de dos ex Presidentes de la República, puedo decir que su aristocracia consiste en la historia de un campesino, patas en el

suelo, que supo hacer dinero a como hubiera lugar y se casó bien viejo con una mujer que ya tenía su recorrido y su tuberculosis. Ella es hija de la única ascendiente de aquella extraña pareja...

—...¿Has probado el nuevo jabón que están anunciando? Es una cochinada, pero tiene un lindo envoltorio. ¿Has ido alguna vez de compras con Hilda? Es de lo más cómico. Adquiere las cosas más inútiles y cuando se queda sin dinero recuerda todo lo que necesitaba urgentemente. Debe tener los closets repletos de chucherías...

—...Te dije que no vendría. Ya doña Amalia no aguanta que le pregunten por la salud de Tony. He podido notar que se le refleja en la cara cierta tensión y las manos le tiemblan...

—...Ayer descubrí que Roxana miente implacablemente, hasta cuando ni siquiera hay necesidad. Sostiene que no hace dieta ni ejercicios para mantener su peso. Se cree el prodigio de la naturaleza. El colmo es que cuando sorprende a alguien en la más leve contradicción, exige violentamente que se aclare punto por punto. Se pone peor si alguien raja delante suyo y eso que a ella en materia de rajonadas no hay quien le ponga la mano...

—...Yo le decía Tonio, me sonaba mejor el nombre, más dulce, más mío. No fuimos formalmente novios. El llegaba a la esquina y conversábamos en el grupo. Sólo una vez me invitó al cine. A mis padres les encantaba. Serio, con sus ojos negros, estudioso y con el fuerte respaldo de su familia influyente y aco-

modada. Aquello que no empezó del todo, sí terminó cuando lo mandaron al extranjero...

—...A mi marido a tiempo le puse los puntos sobre las íes. Le dije: todo te lo permito menos que me traigás invitados sin avisarme. Como no me atendió, la primera vez que repitió la costumbre se encontró la cocina vacía y a su esposita haciendo las maletas para trasladarse a la casa de mamá. De allí regresé una vez formalizada su promesa por escrito. A todas les aconsejo: es mejor prever que lamentar. Ya ven el caso de Orfilia, se ha convertido en la esclava perfecta de Juan Alfredo, y a pesar de ser mi primo reconozco que no hay otro más odioso que él. Que si las camisas semi-engomadas, que todo hecho en casa como en los tiempos de las abuelas...

—...Viste el tinte que está usando Claudia...

—... ¡Aquel vestido te gustaba! Nunca me lo dijiste. Lo regalé en la campaña de los damnificados...

—...Hoy he comido demasiado, mañana volveré a la dieta y a los ejercicios...

—...Se está usando el crema mate y los zapatos de charol con el tacón delgado...

—...Ahora me hacen las uñas en la casa, es más cómodo...

—...Tonio a veces se quejaba de doña Amalia, en aquella época siempre se oponía a sus cosas preferidas...

—...Un poco de bicarbonato y después a esperar...

—...Cuando me saque un número será porque se rifa una paliza...

—...Lucrecia es la que manda en su casa, no en vano le lleva toda la cabeza...

—...Ya verás que se casan apenas se muera, te has fijado que ahora es íntima amiga de la hermana de Juan...

—...No me gustan los perros, pero cuando veo a uno atropellado se me saltan las lágrimas...

—... ¡Puchis! Es tardísimo. Me voy ya...

—... Yo también...

—... Mi marido estará furioso...

—... Adiós...

—... Te llamo...

—... Nos vemos...

—... Saludos...

Las nubes se alisaron y el lápiz comenzó a escribir:
No vague más por las calles. Haga su hueco, su propio y único hueco y suspéndase en el vacío.

Apáguese de una vez por todas, entonces brille con su luz, generada en la revolución silenciosa de ese pan que deja Dios olvidado en los caminos más siniestros.

Olvídese de su nombre, de su casa, de sus pequeños afanes, de sus propiedades, y no se olvide de su sombra. Es lo único que no deja solo. Es lo único que se va cuando uno se va.

Mate a todas las hormigas que encuentre a su pa-

so. Cuando no pueda más, mate también a la hormiga grande que vive en su propio cuerpo.

No se avergüence de ser un pino con remolachas, pero muérase de ganas de hacerlas flores sin perfume.

Cáigase del todo, desplómese por entero, sin pretextos, sin apoyos. Ya verá como se sube después.

Cante con los ángeles. No del ayer, ni del hoy, ni del mañana. Cante su libertad de encierros y su melancolía de encierros.

Bostece sin educación cuando un himno haga un coro de voces.

Rompa los espejos complacientes que encuentre a su paso y no lleve ninguno a su hueco.

Corte los hilos que traen ecos y oiga con respeto los pasos grandes que tropiezan y se caen.

Luche contra las arañas que tejen cortinas y no deje de atisbar las trampas que ponen para tejerle el cerebro.

Ame de cuerpo y alma enteros, pero no se aliemente del amor.

Baje todos los días al infierno y no contemple demasiado el cielo.

No oiga nunca a los predestinados, éstos jamás se caen. Prefiera a los magos, que sacan conejos de los sombreros.

Si puede aguantar una escalera y un martillo, entonces tenga un amigo.

No mire las cosas desde su deseo de tenerlas. Eso trae la resignación y el pretexto, que apestan siempre. Cójalas, róbelas, si en realidad son algo, y no

un simple taburete para jugar a las alturas.

No se culpe de inútil si sabe crecer en las distancias y frente a las presencias reales de los sueños. Y no culpe jamás de su paso lento, a las cargas que se ha echado encima.

No levante nunca banderas que no representen su individualidad. Esas banderas son las únicas que no parecen una mano gigante de aserrín.

Aprenda a soportar lo que no cabe en su conciencia.

Eructe sus diplomacias y no se vista con sinceridades teatrales.

Haga diariamente una poesía, es la mejor forma de rezar y de asearse.

Vomite sus empachos y no se vuelva a empachar.

Sume sus gestos utilitarios y póngase un letrero con ellos.

Deje correr los ríos de su sangre para oír las palabras que le dejan cerca de los oídos.

Rompa los papeles viejos que ha guardado para estimular los dos verbos más negativos, en su tiempo pasado, ser y estar.

Contéplese como si fuera un campo abonado, para preguntar cuántas cosechas ha dado, cuántas flores. Si no hay nada, traiga piedras y haga cuevas, albergue a las hormigas, pero no se embriague con las cosechas de otros.

Cuando le digan que es duro, encoja sus facciones y achique sus ojos. Cuando le digan que es suave, llore con furia. Cuando le digan que es un pan, métase más profundo en su hueco y para siempre.

Si alguna vez llega a su mano un lápiz así, bótelo muy lejos antes de que sea tarde.

Y el lápiz se acabó y la sábana en que escribía se rasgó en hilachas que se fueron con el viento.

CAPITULO 10

El viento seco y frío se enreda en los juegos, bur-lón aleja las bolas, levanta las cortas faldas, enreda los cabellos lustrosos, grita júbilos y victorias, se aniña con las voces y se enoja con regaños que traen amena-zas de garúas. *Juguemos, juguemos.* La bola va y re-gresa. *Juguemos, juguemos.* Una patada con polvo golpea una nalga y ensucia una camisa. *Juguemos, ju-guemos.* Aquí están los unos, allá están los otros, el yo voy con usted y el usted va conmigo. *Juguemos, juguemos.* Turnos de risas, lloriqueos, tratos, el eso no vale, usted es un jaranero, mejor no juego. El viento se cansa de rondas, palmadas, pases, carreras. Quiere jugar su propio juego y envuelto en la lluvia colorea de lustres las hojas, las aceras, las casas, hasta que pone en los ojos de los niños velos tristes de aguas. Y el viento no se detiene, empieza a correr con la lluvia, goza el estruendo de los tejados, se desliza musical en los aleros, limpia los vidrios con látigos de gotas y go-tas, para entregarse finalmente a la persistencia verti-cal del invierno. *Esperemos, esperemos.* Un corredor alberga al grupo. Alguien trae un tablero, los ojos espectadores avivan pleitos, una fila de paris o nonis

impacienta turnos, uno esconde una ficha, otro quiebra el tablero, una riña de dale y dale rompe un vidrio y el corredor se hace grito de sálvese quien pueda. El grupo se dispersa bajo los aleros, con el orden fugaz del que se esconde. Varios se marchan hacia sus casas a buscar la conciencia de tareas y buenos comportamientos. Otros se arrinconan en cualquier sitio a comentar películas y partidos de fútbol. Dos se quedan bajo un árbol, rodeado de gotas que caen veloces por sus orillas como si fuera un paraguas verde, y filtrado por otras más lentas que recorren un trecho redondeándose para caer con la acústica retardada del goteo.

—El Gordillo no ha vuelto a jugar con nosotros.

—Está enfermo, en esa casa todos están enfermos.

Mamá dice que no me puedo acercar ni a la baranda.

—No tiene nada. Yo lo vi cuando lo llevaban a la escuela. Ya no quiere jugar con nosotros.

—Te digo que está enfermo. Yo oí la conversación. Es una cosa muy fea que se pega.

—Lo vi como siempre, sentado atrás en el auto. Hasta se quedó mirándome...

—Tal vez ya esté bueno, pero mamá dice que no debo acercarme a esa casa. ¿No te lo han prohibido?

—Mamá no los conoce. A ella no le importa lo que pasa en la calle, nunca sale.

—Mamá dice que tu mamá no tiene la culpa de tener tantos hijos y de ser tan pobre. Dice que ustedes le dan lástima.

—¿Qué sabe ella de nosotros? Ni siquiera ha entrado en la casa.

—Yo le he contado. Un solo cuarto y tus hermanos grita que grita.

—¡Jetón! No siempre es así, a veces se están callados cuando mi tata encuentra trabajo fijo y comemos todos los días.

—¿Y qué tiene que ver la comida?

—A nosotros nos gusta comer, es rico, pero mamá dice que a los honrados les cuesta más el pan y los frijoles.

—A mí no me gustan los frijoles. Prefiero los helados.

—Yo también, pero los helados hacen daño, en cambio los frijoles sirven para que uno crezca como un árbol. Mamá los cocina ricos. Un día te voy a convidar.

—No creo que mamá me deje. El Gordillo duerme en ese cuarto. Un día te invitó a subir.

—Conmigo es muy bueno, me llevó por el jardín y me enseñó la pecera. Hay unos grandes y rojos que arrastran unas barbas muy lindas. ¡Qué bonito que nadan! No se cansan, de arriba para abajo, de abajo para arriba.

—¿Entraste en la casa?

—Me dijo que no dejan entrar a nadie porque a su hermano mayor le duele la cabeza.

—Ya ves, están enfermos.

—A mamá le duele siempre la cabeza, las piernas y la panza que se le hincha y no está enferma.

—En ese cuarto tiene un tren eléctrico que echa humo.

—¿Te lo presta?

—El Gordillo no presta nada, es un agarrado. Sólo quiere que uno vea, por eso es aburrido.

—Sí, a mí no me dejó tocar los peces, me dijo que se morían. ¡Qué tonto! Yo sólo los quería coger y pasarles el dedo con cuidado.

—Mamá dice que la familia no lo deja hacer nada al pobre Gordillo y que por eso está enfermo.

—El Gordillo es un bandido, pero no está enfermo. Te digo que lo he visto. ¡Mirá! Se está asomando por la ventana. ¡Gordillo! ¡Gordillo! ¡Aquí!

—Ya nos vio, pero no contesta, ni nos hace señas. Seguro tiene calentura y le duele la cabeza.

—¡Bajó la persiana! ¡Pobre Gordillo!

—Mamá dice que un día de éstos veremos en esa casa un desfile de autos, mucha gente y flores, porque el hermano del Gordillo se está muriendo. Ayer, que llovía tanto, se asomó para ver si ya estaban los autos.

—Cuando pase eso me avisás. Así me pongo la camisa nueva.

—Ya está dejando de llover. Vamos a jugar.

—Vamos.

Descanso plácidamente en mi hueco. Llega el mago vestido de azul. Sombrero y guantes azules, saco

y pantalones azules, camisa y corbata azules. Cara, ojos, dientes azules. Me hace grandes reverencias, que dejan una estela celeste. Me encanto con ese mago, me mira como si yo estuviera realmente entre Venus y Mercurio.

— ¡Qué todas las palomas hagan la paz en su nido! Respetable hombre, vestido de luz y tinieblas, andante de la infancia y de la muerte. ¿Podría ponerme atención unos segundos? Traigo conmigo la creación de los sellos inconfundibles, que implican una metamorfosis completa del ser. Vea, usted, ¡vea bien!

Con pasos cortos, casi de niña, da unas pequeñas vueltas. Luego se inclina hasta el suelo, con un ademán que corta el aire como si fuera gelatina. Lo aplaudo y por hacerlo casi caigo a su lado. Le ruego que me enseñe los sellos.

—Los sellos, respetabilísimo señor, no se ven, sólo se comprenden.

Mueve su capa azul, la hace girar sobre su cuerpo. Como un trompo va botando reflejos azules. De repente se desfigura, deja de estar en el centro y aparecen cinco sellos de su propio tamaño. Uno en el suelo y otro en cada una de las paredes. *Bravo, señor mago, ¡bravísimo!* Sigo elogiando su hazaña. Veo a las cinco figuras que no contestan. *¿Qué pasa, señor mago? ¿En cuál de las cinco figuras está usted?* Silencio. Se



debe haber ido y me ha dejado con sus sellos. ¡Ah, no! Señor mago, se fue usted demasiado pronto. Eso no se vale. No me ha gustado el juego. Un puntito azul, pequeño, se empieza a mover desde el sello del suelo. Comienza a alzarse y luego gira, primero muy lentamente, después con mayor velocidad hasta hacerse una bolsa enorme, un poco amorfa; brilla y gira. Mis ojos no la pueden seguir, pero saben que va creciendo. Para de pronto y tengo al mago de nuevo. Las figuras del suelo y las paredes han desaparecido. ¡Caramba!, usted es en verdad un mago. Se sonríe con satisfacción y me mira con su mirada azul.

—¿Comprendió?

Le contesto que no, pero vi.

—Eso está mal.

Le digo que ver es suficiente y le pregunto qué debo comprender.

—Que todos tenemos sellos por los lados que queramos, si nos ponemos a girar en la locura de generar calor. Los sellos son la muerte de uno mismo.

Cuando le iba a preguntar más, entran los ángeles, tres apenas, con sus arpas. Se tienden casi a los pies del mago y le digo que quieren girar y tener sellos.

—Los ángeles son ya un sello eterno y no pueden girar. Su único movimiento es ascender o descender. Pero ellos saben cantar. Cantemos con ellos. Juguemos el juego del canto de la gana. Ellos cantan primero, después yo canto y luego usted sigue.

El mago y yo afinamos las voces, y los ángeles, las arpas. ¡Qué buenos son los ángeles! Siempre están dispuestos a cantar.

—*Buscamos a Antonio
con lunares y calcios.*

*A las doce dormía
¿Para qué despertarlo?*

Volveremos a las cuatro.

—*Antonio está quemando
caminos y papeles
mientras llora despacio
arrugas de fotografías.*

—*¿Dónde va el pobre Antonio,
con sus lunares y calcios?*

*¿Dónde va el pobre Antonio,
con sus valijas y cantos?*

Antonio corre, lo apresan, patean, muerden, se orina, llora, grita, se ríe, respira con esperanza, se revuelve, vomita, le falta el aire, reclama, se encoge, se estira, manotea, ojea, vocifera, blasfema, reza, pide, regatea, se cansa.

—Antonio, amigo dulce,
aquí está tu hueco,
simple entre las manos,
hondo como el dolor.

Roncos de cantar se van los ángeles. El mago se mete dentro de su sombrero, que se aplasta hasta quedar en una ceja, leve, delgada como una pluma, que flotando liviana acaba por irse lentamente.

En la calma de ventanas que reflejan otras paredes, las voces se levantan como alfileres que prenden realidades con grapas y clips. El recuento de las horas es un abanico plano sobre el que se extiende horizontal una jornada de papeles, transmitidos en la distancia formalista de la estimación caligrafeada en los tipos de una máquina que resuena igual a una lluvia de palabras muertas.

—El caso de Antonio se ha resuelto hasta el punto posible. No se podrá evitar la mortual.

—Fue una lástima que el reparto de bienes con su ex no estuviera finiquitado cuando empezó su crisis.

—Esa forma complicada de establecer en documentos oficiales una cosa, y comprometerse personalmente a otras.

—Tengo el criterio de que nos podríamos defender muy bien con lo estipulado formalmente, pero ella está obsesionada en respetar lo que se dice fue su voluntad.

—Y ahora resulta que su voluntad es una serie de compromisos demasiado abiertos. La ex se está defen-

diendo patas arriba, bien los puede afectar económicamente si no ponen un punto final.

—Claro, es muy fácil decir que Antonio prometió esto y lo otro cuando no se puede precisar nada. Le he dicho a mi mujer que no es cosa de ponernos tontos porque el muchacho está mal, pero ella...

—Madre al fin, cree que puede prolongarle la vida a través de gestos inconcretos, de voluntades imprecisas... Es una locura y se están aprovechando, porque eso de que Antonio prometió las fincas y el usufructo de las rentas cuando en el divorcio sólo se convino el traspaso de la casa y una pensión mensual tan amplia, ya es más que un abuso.

—Toda esta situación no tendría razón de ser si a su tiempo se hubieran definido los bienes, tal como lo aconsejé. Como abogado de la familia, antes de mi matrimonio, recomendé a la muerte de Marcelo hacer una clara definición de bienes. Lo único que aceptaron, dentro de esa indolencia que los ha caracterizado, fue la formación de sociedades para reducir impuestos. Antonio es gerente de dos de ellas y tiene acciones en todas.

—La ex se convierte ipso facto, como tutora de los bienes de sus hijos, en accionista, además de lo que desea adquirir para ella misma.

—¡Si mi mujer comprendiera que se está abusando de la situación! Me es tan difícil hablarle de estas cosas. Su nerviosismo y esa tensión a que está sometida. Le ha dado por atribuirse culpas que no tiene y ha

perdido interés en todo lo que no sea ver agonizar a su hijo.

—Me parece que debemos arreglar este asunto teniendo en cuenta la incapacidad en que se encuentra de resolver adecuadamente la situación. ¿Si hiciéramos una reunión con el resto de los parientes, es decir tu hijastra Lucrecia, quien tiene el poder generalísimo de su hermana, y tus hijos mayores?

—No quieren saber nada del asunto. No les interesa el arreglo legal, de todo esto lo único que les importa es seguir recibiendo puntualmente los dividendos.

—Por ese lado se les podría entrar. Explicarles que hay peligro en que sus entradas se disminuyan.

—No son tontos, saben que se trata exclusivamente de los bienes de Antonio, y a la única persona que pueden afectar es a su madre y detrás me verán como a un tipo ambicioso. Y Dios sabe que lo único que me preocupa es la seguridad de ella, yo tengo mi profesión y sólo me afectaré por los problemas que sufrirá la pobre.

—Son muchos años de vivir a lo gran señora para que ahora pueda siquiera concebir que están en peligro sus bienes.

—Eso es lo más malo, que no se puede hacer conciencia de peligro en alguien que lo ha tenido todo.

—Ese es el punto: ella concesivamente le dio a Antonio propiedades y acciones, que ahora van a pasar a manos extrañas. Desde todo ángulo es una injusticia. Los bienes deben regresar a ella...

—Pero cree que Antonio los cedió a su ex y se niega a quebrantar su voluntad.

—¿No se podría protocolizar un traspaso y conseguir las firmas?

—Poderse todo se puede, pero me preocupa la falta de comunicación que hay ahora entre nosotros.

—Podríamos reducir la mortual al traspaso de las acciones a los niños, y la ex se encontraría que los otros bienes ya no eran de Antonio.

—Es muy ambiciosa y husmearía por los rincones...

—No tiene documentos y tu mujer después de muerto Antonio es seguro que reaccionará, sobre todo si se prepara bien para que comprenda el abuso que se quiere cometer en su contra.

—Alguien me ha comentado que ella está esperando la muerte de Antonio para casarse con Juan.

—Dicen que esas relaciones vienen desde antes del divorcio.

—Juan no es ningún tonto, debe estar feliz de administrar sus bienes.

—Y habrá hecho sus cálculos, para que crezcan a como haya lugar.

—Lo conozco bien, se pasa de vivo.

—Hay que pararlo.

—¡Lo pararemos! Ella confía en mí y me firmará cuanto le ponga por delante. La firma de Antonio no es problema.

—Quien roba a ladrón tiene cien años de perdón.

—Me parece la cita de mal gusto.

—Es una broma.

Y una cara esconde frente a la ventana una son-

risa de satisfacción y la otra hunde en el vidrio del escritorio el gesto que rompió largas esperas de filosas impaciencias.

¡Qué frío hace esta noche! Parece que hay algodones helados en los ángulos de mi cuarto. Estoy temblando y el frío me mantiene despierto, me sostiene con duros y transparentes hilos. Vengo del mar, sus manos cálidas me tocaron. Me fui al mar con mi hueco y cabía entero dentro de él.

—Lleva días lejano. Tengo la impresión de que se nos está yendo.

—No debemos engañarnos. Sigue peor. Pasa los días en esa posición enroscada, sin manifestar siquiera violencia.

—A veces deseo que por lo menos se queje.

Siempre vienen las sombras a hablar de ese extraño, mientras me miran y me examinan. Por eso sentí un gran alivio cuando llegué al mar y el mar vino hacia mí. Era gris al principio. Tuve que acostumbrarme a su violencia, que llamaba y luego rechazaba. Una enorme paz residía adentro. Una paz con ojos de telaraña, llena de huecos oscuros y babosos. No era necesario caminar, se flotaba dulcemente. Pensé que los ángeles me habían cedido su suave poder de vagar. El mar fue llegando poco a poco hasta mi hueco. Gotas grises, que olían a sal y a yodo, me inundaron hasta que había mar en mi estómago y en mi sangre. Cuando las aguas se secaron, quedé empapado de sal y sentí que el mar estaba dentro de mis ojos.



—Se nos va. Siento que se nos va.

—Es lo mejor que puede suceder. Ya no es un ser humano.

Ahora tengo frío. ¡Si supiera dónde está la primavera, viajaría hasta ella! Algo que me dice que llueve afuera. Hace días que no veo a la araña. Debe estar esperando que escampe en algún árbol cercano.

—Doctor, ¿qué cree usted?

—Estos enfermos son siempre una sorpresa.

La primera vez que estuve frente al mar, era apenas un niño. Cargaba en embrión los dolores que sentiría luego. En mis ojos agudos reposaban lágrimas que después lloraría. Un niño viejo y enfermo, que se aterrorizaba frente al oleaje y escondía la cara. Nací con hondas cobardías. De nuevo me sobrecojo lleno de frío. ¡Qué helada está la noche! Es de noche ahora. Las hormigas están dormidas. Roncan fuertemente y sudan. Tienen calor. Ellas siempre tienen calor.

— ¡Cómo se ha envejecido!

—Lo veo igual.

—De niño fue un sol. De joven una promesa con todas las puertas abiertas. Ahora...

¿De quién hablarán? Siempre las sombras me traen la imagen del extraño. ¿Cómo será? Me da pereza pensarlo, debe tener una colección de corbatas y oler a aguas colonias caras. Voy a volver al mar, necesito

sito un poco de su calor. Este colgar del frío me está abriendo la carne. Tal vez una sombra me podría dar calor, si se tendiera muy cerca de mí.

—Tengo la sensación de que cuando mueve la boca así, nos está tratando de decir algo.

—Es sólo tu deseo de comunicarte con él.

—Esos ojos tan abiertos...

—Tan horriblemente abiertos...

—Nos acusan...

—Es la vida...

El frío es una plancha sobre la piel y me hunde. Así, temblando, no puedo encontrar el camino al mar. ¡Si viniera el mago a hacerme calor! El mago no cree en el calor. Me voy a poner a silbar su canción. *Polvo cuatro, violín con puñal, ancla de trébol, peca de pez, garabato de miel, laberinto mirón, corré, corré y no me tapés.*

CAPITULO 12

Ahí donde el tiempo afloja sus riendas y el humo hace espirales de rincones.

—La quiero, estoy seguro de que la quiero.

—Te llegó la hora, viejo.

Ahí donde no se oyen los pasos y las alfombras amortiguan el cansancio de rondar órdenes y propinas.

—Como mujer es maravillosa.

—Joven y bella, como en los cuentos.

Ahí donde carcajadas y toses interrumpen la ceremonia de informaciones y hasta alguna confianza medida en los capítulos de una euforia creciente.

—Acaba uno por enredarse en sus propios hilos.

—Lo tuyo era de esperarse, el que juega con fuego sale quemado.

Ahí donde el frío se deshíela con sudores frescos que acaban por ser la huella del manoseo.

—Ya no esperaba sentir lo que he sentido. ¿No te imaginás lo que es eso?

—Pues soy feliz con Graciela y debo reconocer que lo fui con Julia en sus buenos tiempos... hasta puedo decir que ocasionalmente con otras.

Ahí donde la música se hace presente en compases melódicos sobre un coro metálico de cubiertos o se despeja frente al aria sonora de un cristal que se rompe.

—No se trata de encaramarse en el mismo camino y subir y subir. Es algo diferente. Se trata de poseer y de no poseer. El acto inconcluso que deja la ilusión y la necesidad del posterior.

—Pero si se ha entregado en tus brazos como una corderita.

Ahí donde siempre hay un preámbulo y el hilo de la voz se interrumpe mientras se enciende un cigarrillo o se atrapa en el vaso la perspectiva fugaz de una palabra olvidada.

—La tengo entre mis brazos y la sensación de tenerla se evapora como si nunca hubiera sido mía.

—Eso es simple enamoramiento, pensé que era algo más real.

Ahí donde las cosas se desprenden por los canales hipnóticos de las complacencias y alguien lleva una contabilidad detallada de qué, cuánto y cómo.

—¿Qué puede ser más real? No puedo vivir sin ella.

—Ya te pasará el furor. Ahora, no sé cómo te las arreglás. La otra debe estar con la paja tras la oreja.

Ahí donde se llega al entendimiento de adivinar deseos y prever conversaciones y adivinar su duración y comprender lo expuesto y lo escondido.

—Siempre he encontrado oportunos pretextos. Le he dicho que con la enfermedad de Toñón nos debemos cuidar más que nunca. Nos vemos con grandes reservas, que a su vez implican treguas. En el último mes nuestras relaciones casi se han reducido a llamadas telefónicas. Larguísimas y aburridas, en que me limito a darle consejos para que asegure su porvenir.

Ahí donde las miradas fijas encuentran extraños arabescos en cortinas, mesas y platos, que luego se desvanecen y se hacen solitarias planicies de cosas iguales.

—Le teme al qué dirán y le he hecho ver que no conviene en momentos tan tristes hacer de verdugos. El pobre Toñón bien jodido y nosotros de novios. Además, ella debe cuidar sus intereses y bien empeñada que está en eso. Quizás también algo no ande muy católico en su conciencia porque aceptó sin mucho remilgo.

—Es que espera te cases con ella tan pronto como el otro sea cliente de funeraria.

Ahí donde entran unos para agarrarse a las intangibles paredes de sus mesas, que los aíslan en el alborozo de oír voces y ecos columpiados por ráfagas de caricaturescas vivencias, y otros salen con la sensación de un descanso que empezará a maltratarse en calles y aceras.

—Eso lo veremos... Toñón no se acabará así de pronto, espero que me dé tiempo para convencerla de que lo planeado no puede ser... Por ahora me cuesta soportarla, en cambio...

—En cambio, la otra es tu mundo, tu vida, tu ilusión. Te comprendo, ¡qué clase de muchachona te has encontrado!

Ahí donde el tránsito se inmoviliza en palabras y pasan cosas que no pasan nunca a los reflejos de la memoria.

Debo hacer los letreros. Llegó el tiempo para ellos. Los quiero con letras doradas, en relieve. *Mi intoxicación de necedades: una palabra sonora y una mano escondida.* Ese me gusta. Lo dejo flotar en el vacío y se va. Quizás llegue a ser una estrella. *No a puertas y ventanas cerradas.* Me duele. Tiene tantas

cosas adentro, recuerdos que no sé si son míos o de otro. Un día cerré la puerta a un hombre manco, pedía un poco de pan. Me exasperó, le grité que debía trabajar, lo acusé de querer el dinero para emborracharse, le dije parásito, vividor, comemierda. Callado se quedó mirándome, mientras movía el muñón con un gesto en que gemía su única mano con la decoración siniestra de úlceras que supuraban la suciedad amarilla de la piel abierta. Ese mismo día le di un préstamo a un tipo que me llamó generoso con un olor limpio. ¡Qué asco! *El retrato de una hormiga con mis ojos*. Un laberinto que no deja ver los cipreses verdes, escoltado por esqueletos. Cortinas de damasco en el fondo y un trono de papel dorado. *Puntapiés disimulados en un campo de alfombras*. ¡Eso es mentira! No, no puedo mentir. Es la hora de los letreros. También lo hice, lo repetí y de tener de nuevo oportunidad lo volvería a hacer. *Construcciones de ocios y de pretextos*. El juego del tiempo demasiado grande para jugarlo con honradez. Jaranas en las que dejé la misma médula, con regateos de distancia. *Campeón de derrotas*. Recogí los trofeos con voracidad, empujando, empujándome. Sonrisas, aplausos. Adentro fotografías, distorsionadas, que retocaba con prontitud. *Mañana, mañana sí*. El tedio, la inercia, el week end, un cansancio enervante ante el primer tropiezo, otra alternativa, el olvido, recursos de placidez, envenenamiento de la conciencia. La lejanía con presencia dorada, siempre lejos. *Meditaré profundamente*. El dolor de muelas, el dolor de cabeza, la calentura re-

pentina, el resfrío, la diarrea. Trincheras sin sentido. Escondites de figuras engomadas. *Dos y dos son cuatro*. La lógica bajando las cortinas, tapando la luz, cerrando los caminos. Las zapatillas blandas, la comida caliente, el sueño acogedor. Una seguridad en el bolsillo. Confortables muebles, pinturas claras. Nada que deprima. *Asientos de primera fila*. Tengo que reírme. Recuerdo los deseos de las confabulaciones mágicas. Loterías, naipes, dados. Un golpe de suerte para mí. ¡Sí señor! ¡Para mí! Ahora me canso de ponerme letreros. Todos se van, se esconden, se esfuman. Prefiero silbar a cantar.

—Se está poniendo oscuro.

—Lo veo igual.

—¿Por qué, Dios mío, por qué?

—Me cansa tu contemplación pasiva. Debíamos ayudarle a bien morir.

—Me espanta tu crueldad.

—Me sorprende tu hipocresía.

Horribles letreros frente a mis ojos. Ingeniero de trampas. Forjador de verdades estreñidas. Corredor de mentiras. Arquitecto de zancadillas. Hombre de dos caras sin rostro. Ladrón de tiempos vacíos. Sacador de gestos estériles. Pintor de sentimentales cobardías. Banquero de mezquindades. Comerciante de regateos. Escultor de debilidades. Segador de ternuras. Consumidor de propiedades baratas. Eco de voces gastadas.

—Se acabará solo. Ya está consumido.

—El día que se consuma daré gracias a Dios.

Los letreros salen, saltan y se van. Me falta uno, el más importante, el que tengo en mi carne, sin ser todavía un sello. Un pino con remolachas.

—Como se ve que no es tu hijo.

—Lo quiero como a un hijo.

Ya está el letrero y no lo quiero ver. Tiene las letras rojas y las quería doradas.

La profundidad del espacio desemboca en el apoyo de la luz, pero cuando alguien se levanta a encender la lámpara para adelantar la noche, otro desea que la débil penumbra dé un matiz de íntima confusión a rostros y figuras, igual al velo acuoso que cae sobre la mirada en el lance del dormitar o en el voluntario intento de mover las facciones estáticas de lo impenetrable. Entonces la profundidad busca perfiles en la luz que esconden los contactos, ya sea por la distancia desplazada en el rumbo inconcluso del decir o por el tono que adquiere la mirada en la orfandad de reconocimientos ante la fijeza inconcreta de alguien olvidado, que respira sobre otros rostros un hálito de ausencias incómodas.

—Te iba diciendo que no sé, estoy desconcertada. Siempre me dio la impresión de que lo quería... No es ni fue un amor absoluto, pero sí creo en un hondo afecto.

—¿Lo quería? Me cuesta ahora entender las relaciones entre una y otra persona. Quizás estoy aturrida, pero a veces pienso como no había pensado antes. El dolor nos produce un desgarramiento que exige a

su vez algo superior a las afirmaciones corrientes...

—Yo también he pensado, mamá. Creo que hasta he envejecido en estos últimos días. Los recuerdos se me vienen y en algunas ocasiones me acusan.

—Me consuelan tus palabras porque... yo siento cosas semejantes. Culpas, remordimientos, y no sé qué desasosiego continuo. Lucrecia, hemos estado tanto tiempo juntos y nos hemos visto tan poco...

—Pero, no podemos abatirnos en esa forma. Lo sucedido no tiene remedio.

—Tony allá arriba y nosotras aquí. ¡Es horrible!

—Basta, mamá, no puedo verte llorar, nunca puede. Me lastima demasiado.

—Quisiera para mí el poder de penetrar en las almas. Me es vital el por qué. Si hubiera muerto en un accidente, allí estarían expuestos los motivos; velocidad, descuido, imprevisión... Pero así, de repente, sin una causa visible...

—Quizás desde hacía tiempo estaba enfermo... No tenía relación estrecha con Tony. Es cierto que eso me atormenta, pero no puedo ignorar que nunca nos llevamos bien...

—Ese ser solitario que fue, también me atormenta. Llegamos a lo mismo, ni siquiera podemos saber si la quiso, si lo hizo feliz, si ella en alguna forma pudo haberlo afectado para bien o para mal. Cuando se decidió entre ellos el divorcio, lo supe de una manera tan escueta. Me dijo que había sido por común acuerdo y luego se vino aquí conmigo...

—Me acuerdo que me comentaste eso. Te extra-

ñó que buscara esta casa. Ya era un hombre y podía vivir mejor en otra parte, por lo menos con mayor independencia...

—Lo vi entrar con cierta dureza, para qué negarlo. Alguna debe ser la hora de la verdad. Siempre me costó comunicarme con Tony. En aquel momento lo sentí aun más extraño, con su mirada incómoda y esa manera de regatear palabras a la necesidad de decir algo.

—El Tony huraño y silencioso sobre el que imaginamos al Tony indiferente y egoísta hasta dejar de tenerlo en cuenta. Recuerdo que mis pleitos con él los hice yo sola, así como también hice mi indiferencia hacia sus cosas. No te podría decir cómo era en realidad...

—He recordado muchas cosas... por ejemplo cuando era un niño y lo castigaba, no se revolvía como ustedes. El llegaba silencioso a pedirme perdón y me besaba el ruedo del vestido. Nunca me dio quehacer, pero yo lo creía mentiroso y hasta llegué a pensar que era hipócrita. Ahora comprendo que no me abrí a su cariño y el de él se cerró.

—Ahora que recordás... yo recuerdo que nunca entendí por qué en los juegos se negaba a golpear a los demás... a mí, por ejemplo, que lo mortificaba. Esa prudencia suya que se hacía más odiosa en los juegos...

—Ella puede saber tantas cosas que ignoramos, porque Tony es un extraño. Yo sé tan poco de él.

—A veces comíamos juntos, ella nos invitaba. Me

parece verlo con su libro, metido en ese mundo de letras menudas. Hablaba muy poco, pero era muy amable. Reía con dificultad...

—Su tristeza cada vez más honda y nosotros tan indiferentes... La única expresión de cariño que le di fue llamarlo *mijito*, y así automáticamente le digo a los sirvientes, a los niños, a cualquiera...

—Yo en cambio le fui suprimiendo el Tony. Quise evidenciar mi frialdad ante la suya, con un trato ceremonioso de usted Antonio. El me siguió llamando Lu como siempre.

—He buscado entre las cosas de su cuarto... y a pesar de que vivía haciendo notas no he podido localizar una sola hoja escrita por él.

— ¡Qué extraño! Siempre andaba escribiendo. Es probable que tenga un diario.

—En el cuarto encontré libros, clasificados cuidadosamente en los estantes, pero sólo libros, folletos, revistas. Nada personal, ni siquiera una carta. Pedí a la oficina que me mandaran sus cosas. Encontré el mismo orden, archivados recibos, estados de cuenta. Nada personal.

—Quizás destruyó sus papeles.

—Claro que lo hizo. Es imposible pensar que carecía hasta de una carta personal. Además, anotaba sus lecturas. Esas horas frente a sus cuadernos, silencioso y triste. Cierro los ojos y lo veo en el escritorio, vacío de todo lo que fuera extraño y sumergido en quién sabe dónde...

—Se escribía con Margarita. ¿No has encontrado sus cartas?

—Las he buscado con mucho interés. Pensé que algo le podía haber contado y Margarita en sus respuestas quizás podía hacer relación a sus confidencias.

— ¡Qué esperanza! Como si no los conocieras. Ella en sus cartas le diría que dio una fiesta, estuvo en otra y mañana irá a un sarao, además que compró un vestido rosa porque está de moda y en el cumpleaños le regalaron un brillante, qué sueño de marido y las otras idioteces. Como si no la conocieras.

— ¿Qué le diría él?

—Eso sí que no puedo ni imaginármelo. Tal vez su relación era de recuerdo y cariño. Fueron muy unidos.

— ¿No has pensado que podría contarle de nosotros?

—Tenés razón, eso es lo más probable. ¡Por supuesto! Mamá ha estado con sus gripes, Lu siempre en lo mismo, Pepe igual, los niños bien, y todo eso repetido puede llenar una carta...

—Una carta... y se escribieron miles. Algo muy íntimo se debían contar.

—Pues se puede averiguar con Margarita.

— ¿Te has olvidado de cómo es? Dentro de su frivolidad es la persona más cerrada que conozco, casi como Tony. Claro en su caso es más difícil verlo porque habla y dice tonterías.

—Sin embargo, al saber que Tony está enfermo nos podría contar algo. ¿Por qué no llamás?

—Ya lo he hecho. Le puse un cable. Me contestó que no podía venir y que Tony se recuperaría.

—Muy de ella. Cree que las cosas salen a su antojo...

—La única solución es hablar con Marta...

—Marta sabe muy poco de Tony...

—La vida en común del matrimonio necesariamente da un conocimiento íntimo...

—Quizás en otros casos, no en éste. He hablado mucho con ella y no he podido deducir nada... Ella es un tipo de mujer que da poca importancia a la forma de ser de los otros.

—Tal vez no has sabido sonsacarla...

—Menos lo podrías hacer, ella se sentiría ante la suegra...

—La inspectora... Sé que es difícil, pero...

—Lo vas a tratar y yo me lavo las manos...

Lo dicho se extendió con el énfasis de las palabras tras la luz y se desvaneció como una cortina de humo en la oscuridad sin frontera que vino después para dar campo a otras palabras.

Para dar la batalla final hay que estar listo, debidamente preparado. O debidamente sincronizado co-

mo diría un administrador. En realidad, he sido un mal administrador de mi vida. Eché a la basura los buenos y los malos ratos. Eso está bien. Lo peor es que jugué al tiempo y perdí. Creí, en la primera parte, que debía trabajar duro y fuerte, para descansar después. Me encontré con la dolorosa verdad: cuando el descanso llegó no valía la pena. El comienzo es al revés. Debí haber descansado mucho al principio, para trabajar cuando ya nada valiera la pena. Estoy en la preparación final y debo recordar mi colección de recetas, porque es necesario quemarlas y hacer otras nuevas. Seleccionar lo que puede servir, no en sentido utilitario, sino como pañuelo, para secar estos sudores de hombre convertido en un pino con remolachas. Había una receta para divertirse. Era simple: contemplarse en el primer espejo y sonreír hasta encontrar el rostro hermoso. Si no era posible, quebrar el espejo y tragárselo entero. En los dos casos batirse por dentro muy fuerte y salir a la calle. Gritar a la gente: felicidad o salud y pesetas o hermanos. Abrazar a los que se encontrara uno, dar gritos y olvidarse de que se divirtió. También tenía una receta para llorar: coger la almohada más blanda, enterrársela en el rostro con los ojos abiertos, bien abiertos; recordar todos los golpes y golpearse de nuevo en el estómago con mucha fuerza; luego revolcarse en el suelo con honda lástima. Llorar es bueno y la receta debería aplicársela el hombre diariamente. La otra receta era para sentir: se cierran los ojos y se gira, exactamente como lo hace el mago para extenderse en sellos. Cuando llega el ma-

reo, se para uno de manos y bate los pies en el aire como si tuviera que caminar kilómetros de kilómetros. Cada vez se siente más hasta que se deja de sentir. Da una sensación formidable, pues se trata de un juego de sangre que cae como un remolino hasta el momento en que atonetece por completo. Para pensar también existe otra receta: se quita uno los zapatos y se pone a andar sobre piedras puntiagudas. Cuando no se aguanta el dolor, se busca una silla y una botella de alcohol, que se derrama de golpe sobre los pies. Los pensamientos llevan el acompañamiento de sones guerreros, por eso son tan dulces y tan pacíficos. La receta de crear sólo la pueden aplicar los que tienen verdadero temple. Es quizás la más sencilla: se prepara un cuchillo bien filoso, se le da aun más filo para que quede casi transparente, entonces se cortan tajadas de uno mismo, que se adoban y se fríen. Una receta exquisita para los días martes y viernes. Y, ¿para vivir? Aquí se complican las cosas. La receta es larga y nunca resulta. O se pone mucho azúcar o mucha sal, o se desploma o no se llega siquiera, o se sueña o se tiente en pesadillas. Aquí no hay término medio, ni flácido, ni extremo. Además, no es necesaria la receta, las cosas siempre salen como no deben salir. El encuentro con el calvario está en aquella esquina o en la otra. Nada se puede adelantar, ni se puede evadir, aunque es bueno recordar que se deben batir siempre las cosas y un poco de espuma no estorba en la sangre. ¿Cómo será la receta de morir? Nunca he pensado en eso. Debe ser un asunto de tenderse en

una cama y esperar. Esperar, ¿a qué? A que baje la plancha fría y deje un pelo creciendo, unas uñas pálidas haciéndose largas, un silencio de otros gusanos más gusanos que uno mismo. A lo mejor ni hay silencio. A lo mejor los gusanos eructan cerca de nuestros oídos. Quiero que me entierren con el cuerpo entero untado de un líquido mata gusanos. Pero, no quiero morirme. Quiero seguir en este hueco girando en el vacío, quiero seguir gateando y agonizando.

CAPITULO 14

La cocina es blanca y el verde del agua pone en sus paredes visillos de humedad, que suben y bajan por entre los mosaicos, se asoman en las repisas, se hacen motas detrás de los armarios, se acomodan silenciosos cerca de las puertas y tienen una muerte violenta cuando las manos se agitan por los rincones. El agua que corre se olvida del agua empozada, ya vieja y olorosa con su cosecha de húmedos frutos, brillantes hijos de la fabricación mecánica con su ritmo de células babosas en la consonante serenidad del verde.

—En esta cocina un día vamos a amanecer retoñadas.

—Deben estar malos los desagües. Hay musgo hasta en las patas de las mesas.

—Si la vieja se da cuenta, nos dirá cochinas, inútiles. No creería jamás que limpiamos todos los días. ¡Con el genio que se gasta ahora!

—La pura verdad es que la última vez que lavamos la cocina fue el martes pasado. Me acuerdo porque ese día fuiste al mercado y en la noche comentamos que

nos dolía el riñón. Estábamos viendo el último episodio de *Maricruz*. ¡Pobrecita muchacha! ¡Cómo sufrió!

—Pero terminó bonito, así valen los sufrimientos. Ya ves yo, veinte años en esta casa y lo único que recibo son malostratos y regañadas. Claro que ahora podemos callar a la vieja, porque no puede exigirnos que lo hagamos todo. Ya hasta ella desistió de traer una nueva empleada. La última duró un día...

—Le tienen miedo a don Antonio...

—A mí se me revuelve el estómago de sólo pensar que debo entrar en su cuarto. Por dicha hace cuatro días que se está encargando ella.

—Me da tanta lástima, que ni me importa atenderlo.

—Porque vos tuviste que atenderlo sólo dos o tres días. Yo llevaba cuatro meses. Al principio lo hacía sola, después le exigí una ayudante. Ya estoy vieja para levantarlo, aunque casi no pesa se pone más rígido que un difunto.

— ¡Pobrecito! No sé cómo decirle a doña Amalia que no puedo quedarme mucho tiempo fija con el oficio de adentro.

—Se va a poner como los diablos. Ella cree que con ofrecerte un buen sueldo y regalarte ropa vieja, ya estás obligada a lavarle los pies.

—Te juro que me quedaría de poder, pero con tanta obligación es imposible, por una parte los güilas y por otra mamá que no puede con sus achaques. Si aceptara a que siguiera lavando y ayudándote en la cocina, como antes, sólo por horas.

—Si te vas, yo me voy también. Sólo loca podría quedarme con tamaño oficio. Me duele dejar a Tony.

—La señora lo está cuidando y vos decías que te daba asco.

—Ella no lo puede hacer, no está acostumbrada ni a mover un dedo. El cuarto estará hecho un desastre y el pobre muchacho con su enfermedad estará pasando hambres. Apenas se descuide agarro la llave y voy a ver cómo está la situación.

—A mí me parece que nadie mejor que ella para cuidarlo.

—¡Babosadas! Seguro que le ha dado ahora por hacer de madre, pero muy pronto se convencerá de que es una tarea fea y sucia. Entonces preferirá hacer el papel sin el oficio, volverá a suspirar por los corredores y a llorar cuando vienen visitas.

—¡Tanto tiempo con la señora y no la tragás!

—La quiero mucho, pero la conozco muy bien. Es dura y cree que todo lo puede comprar. Cuando llego a pedirle algo, siempre que no sea un día feriado, abre su cartera sin oír siquiera lo que quiero. Cuánto necesitás es su único consuelo.

—El problema es cómo se lo digo.

—Se lo vamos a decir juntas: te vas y me voy yo.

—Eso sería matarla, no la podemos dejar sola.

—¡Pues eso pasará!

—Hacelo por don Antonio, el pobre se va a morir.

—Se morirá sin importarle que no esté yo en la casa.

—Lo cuidaste desde niño...

—Y nunca me quiso, andaba detrás de su mama lloriqueando y babeando aunque ella ni lo alzaba a ver. Yo que velaba sus enfermedades, que lo he chineado, que no tendría cómo pagarme tanto sacrificio... Me recompensó con malacrianzas y malas voluntades.

—Era ese modo suyo tan serio. Nunca lo vi sonriente. Quién sabe cuántas penas tendría.

—Que yo sepa ninguna... aunque eso sólo Dios y el Diablo lo saben. Plata no le faltó nunca, ni comodidad, pero Tony siempre tuvo sus cosas raras. Esa esposa que se consiguió tan pasmada, casi peor que él y lo trataba como lo trató doña Amalia, con el frío en una mano y en la otra limpito el gesto duro. Todo eso se lo ha merecido por tonto.

—Lo peor que le ha pasado a don Antonio es esa enfermedad...

—Eso le pasó por sucio, por andarse restregando por ahí como un perro...

—¡Mirá! Por aquí ha hecho su nido una rata.

—Las ratas y las cucarachas y las arañas y las moscas... No da una abasto con tanto animalucho. Yo le digo: oiga cómo andan, llame a los hombres para que fumiguen. No me hace caso, está esperando a que se muera.

—Don Antonio no parecía mujeriego.

—Los que no parecen, lo son más. Una vez lo sorprendí, casi a los quince años, detrás de la de adentro. Una flaquilla inofensiva, pero bien alborotada. A ella la pusieron patitas en la calle a la media hora, y a él nadie le dijo nada, porque doña Amalia está en el fondo

es una floja. Con esa cara que pone de víbora toreada, no se ha atrevido nunca ni a rezongar cuando le canto cuatro verdades.

— ¡No me digás!

— ¡Así mismo! Estos ojos la han visto temblar de miedo, cuando alguien le levanta el galillo. Para mandar si está buena, pero para oír lo que se merece resulta de lo más cobarde. Ahora la conciencia la está carcomiendo. Hasta ha tratado de ser amable conmigo... a última hora no se pueden disimular los defectos de toda la vida. Yo no creo en los arrepentimientos comodidosos cuando algo sale mal.

— ¡Esas cosas tuyas! Yo he estado en esta casa, no tanto tiempo como vos, pero ya va para siete años, y para mí la señora es muy buena y don Antonio un caballero. Te he dicho que más bien creo que su enfermedad es un maleficio.

— Vos sos demasiado buena y no querés ver las cosas como son. Además sabés de la misa la mitad. No es fácil darse cuenta de lo que sucede en una casa, cuando sólo se viene a ratos. Te he dicho siempre que aquí la función empieza en la noche, para ser exacta empieza a la hora en que se acerca el regreso del señor.

— Nunca te lo has podido tragar.

— Me cuesta verlo sentado en el sillón de don Manuel Antonio, muy orondo, como si fuera un caballero... Ese desgraciado que ya desde antes de la muerte del patrón, andaba con las uñas afiladas midiendo lo que le quedaría. ¡Tanta maldad que he visto con mis propios ojos!

—Pero ha sido bueno con ella.

—De dientes para afuera y porque la maneja como a una muñeca de trapo y porque le conviene. Ese es el diablo en persona, debe estar muy contento con la enfermedad de Tony, uno menos y más para él.

—Para mí está apenado. Ahora que estoy en la casa, veo que en las mañanas y en las noches sube con la señora a verlo.

—Lo vigila con la paciencia del buitre que espera el botín.

— ¡Ay qué pensamientos los tuyos!

— ¡Ay qué mierda hay en todo!

Y el agua que ha caído por los rincones y se queda callada y sumisa es parte ya del fermento verde que hará hileras intrusas de yerba doméstica.

La conozco. A mí no me engaña. Ha entrado una hormiga disfrazada de mariposa. La vi cuando se ponía las alas a la entrada misma de mi cuarto. Se lo noto por la forma en que vuela. Está rígida y va oliendo. No tenía necesidad de disfrazarse. Hace varios días que no mato hormigas. Mis manos están ocupadas, sosteniéndome en mi hueco. Se acerca a mi oído y me dice: ¡Hola! No le contesto. Ahora tiene la osa-

día de pararse en mi nariz. Me da la impresión de que es una espía de la araña. Deben ser cómplices. Preparan el gran golpe en contra mía. Pone sus alas en mi nariz entre dos remolachas rojas, que ahora parecen dos montañas escarchadas de polvo amarillo. Frunzo la nariz y no se mueve. Es capaz de tener el cinismo de poner huevos en mi propia cara. Necesito que se largue. Empiezo a respirar como si fuera un asmático, a grandes esfuerzos, a grandes bocanadas. Cada vez se estanca más confortablemente. ¿Estaré muerto? Sólo a los muertos se les paran estas hormigas, disfrazadas de mariposas, con tamaña frescura.

—Respira con dificultad. Podríamos inclinarlo para que coja más aire.

—Es mejor dejar las cosas tal como están. Pronto acabará.

—Debíamos asearlo un poco y limpiar el cuarto.

—Está bien así. Has hecho bien en no dejar entrar a nadie. Al fin te has convencido que las sirvientas son enemigas puertas adentro.

La sombra de una mano me quita la pseudo mariposa. Ha volado hacia una esquina y me sigue mirando. ¿Por qué no habrá vuelto el mago? Tengo ganas de verlo y charlar con él. Los ángeles tampoco llegan. Me tienen olvidado.

—Por favor, levántate un poco, no puedo moverte.

Alguien me lava la cara. Quiere limpiarme el sello que me ha dejado esa horrible mariposa. Ahora me seca. Es la sombra visita que siempre confundo con mi madre. Tengo ganas de sonreírle, pero no puedo. Ayer perdí los labios. Pasó un viento furioso y me los arrancó de golpe. Tal vez los quería adobar y freír para que dieran algo.

— ¡Mi pobrecito!

Seguro pretende que le dé un mensaje al otro. Me apena no entender sus palabras. La hormiga vuela por el cuarto y se para en una de mis manos. Si pudiera moverlas, la aplastaría como a un gusano.

— ¡Dejalo en paz! Los mismos libros dicen que hay que liberarse del dolor. ¡No te pongás histérica ahora!

La hormiga me muerde, empieza a chupar mi sangre y se convierte en una serpiente larga. Sus colmillos delgados van penetrando profundo y la serpiente se mete adentro. Me anda por todo el cuerpo con mi propia sangre. ¡Ay si pudiera cogerle la cabeza y aplastarla! Ya no siento el dolor. La serpiente me hace cosquillas por dentro. Voy a tener que reírme con los dientes desnudos, sin labios.

— ¡Está gritando de nuevo! ¡No aguanto más esto!

—Creo que es cosa de horas.

- Le debe doler algo.
- Pronto no le dolerá nada.

La serpiente me sale de nuevo, se arrastra por el suelo y se va por la hendidura. Si vuelve otra vez, la voy a triturar lentamente.

Por el cristal se asoma una señora, con la imprudencia propia del que va por la calle y enseña un vestido verde, una cartera amarilla, unos zapatos cafés y lleva la boca abierta y los ojos entrecerrados.

— ¡Citarme en este café a estas horas! ¡Estás loca! Nos podríamos haber visto en la casa.

— Juan, tenés demasiados recursos para esconderte y cuando te veo a la hora de comida siempre te evadís y no puedo hablar delante de papá y mamá. Necesitaba cogerte uno enfrente del otro.

— ¿Cuál es la urgencia?

Mientras la pregunta se interrumpe por la necesidad de pedir el servicio, un señor muy señorón toma el cristal por espejo y se arregla el pelo.

— Es necesario que aclarés las cosas.

— ¿Cuáles cosas?

— Tus amores.

— ¡Para eso me has llamado!

La exclamación, apoyada en una sonrisa irónica, parece despejar la claridad misma del cristal por donde ahora se transparenta un niño, otro niño y uno más con sus uniformes blanco azul ajados por el resregamiento contra las paredes, que a veces son el cuerpo opuesto de un compañero o el mismo piso cuando la impaciencia de un columpio se extiende en horizontal comodidad.

—Me alarma sinceramente tu irresponsabilidad. Tenés a una buena mujer, bastante sufrida por cierto, esperando un matrimonio que sabés muy bien no se efectuará. Y así ya tan comprometido te ponés a jugar de tenorio con una inocente criatura.

— ¡Oh las mujeres y sus clasificaciones! Cuándo dejarán de jugar de casita...

—No te pongás payaso porque me parecés más irresponsable.

—Muy bien, si querés oír cosas desagradables, ahí van...

Uno de esos hombres *ensuciatodo* limpia sus dedos en el cristal, que ahora guarda la huella de una mano distorsionada en largura resbalosa.

—...me gustó y me daba pena verla desboronarse en un lance tras otro. No era feliz con Toñón, quién podía serlo con él, y buscaba a ciegas a qué asirse para ser mujer y para sentirse amada.

—¿Creí que habías sido el primero?

—Necesitás crecer mucho para entender algunos ejemplares de tu propio sexo. No creo que Toñón fuera el primero, tampoco creo que yo sea el último. Nació Marta para buscar y no encontrar y ha llegado a la conclusión de que prefiere la búsqueda al encuentro.

—¿Y quién fue el primero?

—¡Saber uno! Ella me confesó que jugando y jugando por el vecindario esos juegos de hospitales y doctores, un chiquillo precoz se aprovechó de las circunstancias sin que le diera tiempo de advertir dónde había terminado el juego y empezado el contacto.

—¡Por Dios! ¡Qué triste experiencia!

—Ni tanto, estoy seguro de que se divirtió.

Una escena muda fotografía el cristal, con la fidelidad de una cámara dispuesta a reproducir gestos y ademanes sin la sensación vigilante del espejo.

—¿Qué diría Tony al enterarse?

—De esas historias nunca saben nada los maridos, se confían sólo a los amantes con la esperanza de poner un poco de picante en la cama y sonsacar que también uno empezó de pequeño, jugando entre la curiosidad y el presentimiento.

—No quiero entrar en detalles.

—Tu puritanismo no calza con los consejos que me dio el psicólogo. Cuánto más se saca afuera, más liviano queda uno, hasta más puro.

—La Marta que conocés es desconocida para mí. La creí una mujer desdeñada por su marido.

—Algo hay de eso. Toñón no era lo suficiente hombre para una mujer como Marta. Ella lo define muy bien: él siempre creyó en la divinidad del cuerpo y del alma y aspiró un coito espiritual que enfriaba la carne.

En el cristal desemboca un grupo de ojos porosos que invaden con miradas propietarias la tranquila lucidez del instante.

—Todo lo que me has contado es interesante y hasta comprendo la relatividad de tus sentimientos por Marta. Lo que no me pasa, son tus promesas, tus cuentos...

—Las mujeres hacen historia del más nimio detalle, en especial Marta, porque al carecer del valor necesario para sentir su propia verdad, prefieren adornar de comunicaciones ceremoniosas la validez de la mentira. Ella sabe que no la quiero y le hago promesas que no cumpliré.

—¿Estás seguro de esa aceptación tan real que pintás? A mí me habla convencida de que se casarán tan pronto como Tony muera. Además, ni siquiera sospecha la existencia de la otra.

Si el cristal en este momento se quebrara, rompería el armonioso reflejo de caras, cuerpos, pasos, miradas, sin sonido, en la lenta velocidad de los ademanes esperados.

—En esta época se dice mucho y se espera que se crea sólo un poco. Marta sabe que no la quiero. Lo sabe porque no soy el mismo del comienzo. Las mujeres intuyen que cuando hay un cambio entre el comienzo y el intermedio, también han cambiado los afectos.

—Y si lo sabe todo, ¿por qué no le decís la verdad?

—Eso son palabras mayores. Dejemos que la claridad reluzca sola y los hechos nos delaten. ¿Para qué poner títulos a las cosas que tienen nombre?

—Cuando te oigo hablar así, me doy cuenta de que a los hombres les gusta envenenar con la hipocresía.

Sin tenerlo, por la furia triste del acento, el cristal toma un color fuego y enciende sus mejillas planas por las que pasa despacio una vieja con sus canastos pesados de viento y hambre.

— ¡Qué gusto el tuyo de hacer grave lo que es liviano! Ese tono trágico de lo femenino con su ofensa imaginaria. Por algo todas ustedes se pasan envueltas en corrientes de sangre.

—Querés a una, no querés a otra y te has comprometido con las dos, no veo que exista dificultad alguna en decir la verdad.

—La verdad no se dice, se demuestra. La vida no es un discurso, ni una declaración de principios. Querere no es anunciar el amor o el desamor. Marta no espera de mí palabras, espera hechos para convencerse. Cuando no vengan, sobrarán las explicaciones.

—Tu calma es odiosa. Siento lástima por las dos. Estoy segura de que tampoco quieres a la otra.

— ¡La adoro! Con decirte que siento falta de tiempo para hacerle patente mi amor.

Como si la palabra amor fuera un llamado, el cristal acoge una pareja de jóvenes con las manos enlazadas y un fondo de suspiros en el silencio propio de miradas-decires que se enredan en el pelo, en el codeo de los cuerpos, en la proximidad de los calores y en el manoseo vertical de los contactos.

— ¡Pobre Marta!

—Quedará muy rica, libre y con más experiencia.

—Creo que te quiere.

—Me quiere, eso no lo dudo. Pero me dejará de querer, de eso estoy seguro. Entonces, ¡pobre yo!

—Te detesto.

—No lo creo, soy tu hermano preferido.

—Vas a dejarlo de ser muy pronto, si seguís con tu cinismo.

Un solo ojo se desprende vidrioso para ver el perfil inconcluso de su conciencia.

—¿Cínico porque me defiende? ¿Te gustaría verme con un par de cuernos tan altos y frondosos como los que le pegaron a Toñón?

—No, Juan, por supuesto que no. Olvidemos este asunto. Ojalá todo salga bien.

— ¡Saldrá!

El cristal se queda solo y en su soledad la transparencia es un mito de claridades vacías donde reina el glacial tono de la ausencia.

—Casi no respira. ¿Creés que...?

—No. Todavía no. Tenemos que dejarlo solo.

— ¡No puedo!

—Es necesario que lo recordemos como era antes.

Hasta ahora me doy cuenta de lo profundo que es este hueco. No sólo cabe el mar, cabe todo. La tierra es un punto lejano con una flor que me dice adiós. Veo cómo las cosas desaparecen, suenan con un sonido que va, va y va hasta el infinito. No tengo miedo de asomarme. La profundidad está en mi hueco, en mi sangre, en mis músculos, en mis manos, en mi estómago. Parece que estoy perforado de huecos infinitos.

— ¿Sufrirá mucho?

—No sufre del todo.

— ¿Estás seguro?

—No ves que no grita, ni gime, ni siquiera se mueve.

Nunca creí que las distancias fueran tan largas. Algo se acerca. Un punto pequeñísimo, dos puntos, tres puntos. Los ángeles.

—*Antonio está perdido,
no lo encontramos.*



*Se metió por un huequito
y no quiere salir por otro.*

Se van los ángeles, se van las arpas. Tardan en irse, profundidades, abismos, huecos agujereados, hondos, largos, lejanos, distantes. El hueco de mi ojo es tan profundo que lleva millones de distancia. El otro no tiene abismos. Se lo llevó una hormiga cuando estaba dormido. Al darme cuenta, ya era tarde. Corría por la alfombra como una bola desinflada.

*—Antonio, mi buen amigo,
te andan buscando tres ángeles
con arpas y escarpines.
Sé que estás en un hueco
perforando más agujeros.*

¡Ay! La araña ha conseguido un serrucho y se lleva mi pie. ¡Ay! Caerá en el vacío y tardará mucho en caer. Siento que las gotitas de sangre hacen un collar alrededor. Me quedo quieto para aguantar el dolor. ¡Ay! Mejor le hubiera dicho a los ángeles dónde está Antonio, mi buen, mi dulce amigo Antonio.

*—¿Todavía?
—Sí.
—¿Cuándo será?
—Quizás al amanecer.*

El pie se va cayendo lentamente. Sus dedos blan-

cos, arrugados, fríos, siempre húmedos, con gotitas de sangre. Los ángeles se lo encuentran y lo dejan pasar.

—Antonio sigue perdido.

¿Dónde estará?

Le tenemos leche tibia,
pan y miel.

La araña vuelve con el serrucho.

—Antonio, mi dulce amigo,

anda de compras,

quiere unas riendas

y unas alas de golondrina.

CAPITULO 16

Cuando se produce el encuentro preparado con la tenacidad de un programa hecho de cálculos sobre la sorpresa agresiva de un diálogo imaginario, las caras se hieren con relámpagos tensos surgidos por el terror de haber perdido hace ya mucho tiempo la pieza clave del rompecabezas. Pero la audacia que ha roto la niebla espesa de tantas incógnitas, se desliza precipitándose hasta el punto de contacto, donde se esconde la fuerza que persistió en el tránsito para sustituirla por la dulzura casual de la cita.

—Marta, he tenido tantos deseos de hablar a solas con usted, un largo rato. En estos momentos siento que usted y los pequeños son lo único de Tony que me quedará.

Y dentro del ahogo propio del acorralamiento, el recurso de respirar en calma se vuelve un rito, así como la medida exacta de las palabras que resulten representativas de las más oportunas apariencias.

—Doña Amalia, los mismos deseos he tenido yo.

Me apena muchísimo lo de Tony, por el cariño que le he guardado siempre y porque me parece inconcebible su enfermedad. Cuente conmigo para todo. No me he atrevido a acercarme antes por el temor de que usted tuviera algún recelo por nuestro divorcio... esas cosas desagradables de bienes y tutela de los hijos...

La suavidad de los gestos ahuyenta aún más que el cierre violento, los túneles que se pretende excavar hacia lo escondido en el presentimiento de una adivinanza. Igual a la porosidad temblorosa de las arenas, que no pueden retener la solidez de los canales en su búsqueda de otro nivel bajo el nivel espontáneo de lo normal, la anuencia a abrirse desgrana la pista de la introducción.

—Creo que hemos hecho bien en dejar en manos de abogados los asuntos de bienes y tutoría, porque en esa forma nos queda a las dos, ya entre nosotras como algo muy íntimo, muy nuestro, el afecto que nos une por Tony.

Marta se apoya segura de sí misma en el respaldar del asiento. Conoce el alcance de su respuesta y casi está segura del círculo sobre el que girará la conversación, aun cuando sabe que no podrá ejercer ningún apresuramiento ni tampoco hacerla al antojo de su evasivo intento de rehuir temas.

—Estoy segura, siempre lo he estado, de que us-

ted respetará como algo sagrado la voluntad de Tony, que Dios quiera pueda en corto tiempo manifestarse sin los temores que ahora nos acongojan por su salud. No sabe usted con cuánta fe rezo diariamente por su recuperación. Un hombre tan bueno y tan joven no puede ser vencido así.

Doña Amalia inclina su cuerpo como si quisiera oír mejor y romper aquel rango de cortesías con turnos de palabras, como si hubiera dos bandos en la antesala de una negociación.

—Marta, hay muchas cosas que me preocupan. Usted mejor que nadie sabe lo callado que ha sido Tony. Ahora con su enfermedad se me ha hecho evidente que en ése su silencio de costumbre, debe haber una serie de circunstancias, de situaciones, hasta de problemas, que desconozco y son parte de su vida. No es curiosidad, es algo más hondo, más importante... Si le pudiera explicar.

Marta tiene los ojos bajos, fijos en la brillantez pareja del esmalte rosa que embellece sus uñas. Y como si de esa contemplación hubiera alimentado la elocuencia, sube el rostro hasta el nivel necesario para mirar de frente a su interlocutora.

—La comprendo perfectamente. Yo también soy

madre. Usted quiere saber de nuestra vida matrimonial, de sus costumbres, preocupaciones y hasta problemas, como ha dicho. No es fácil para mí hablar de Tony. Me duele no haberlo hecho feliz, en algo fallé cuando él mismo me propuso el divorcio. Igual que usted tengo necesidad de externar cuanto sé de él y saber aún más para comprenderlo ahora... Perdone usted mi emoción...

Queda en silencio un instante para tratar de medir lo alcanzado por sus palabras. Ante la impenetrable atención que la vigila, opta por seguir su charla.

—...Si Tony fue feliz, no lo sé, por lo menos no lo podría garantizar. A mí me lo dio todo, me llenó la vida. Me fue difícil aceptar su deseo de que nos separáramos, pero qué podía hacer ante una decisión tan imprevista y tan firme. Traté de que habláramos sobre el asunto. Su única razón era la de que nuestro matrimonio no le había dado lo que esperaba y en consecuencia no quería seguir así. Le pregunté qué aspiraba dentro del matrimonio. Tony siempre se expresó en términos absolutos, cuando comunicaba una decisión era el sinónimo evidente de algo terminado. No supe qué hacer. Me era difícil seguir con él, si por su parte no lo quería. Fueron días y noches horribles, atormentadas, casi comparables con las de ahora cuando sé que está peor y peor y ya las esperanzas son pocas. Doña Amalia, siento tanto no haber compaginado con su carácter.

Esa mirada fija la pone nerviosa y está consciente de que un hilo se escapa de su relato y ella lo ha atrapado.

—Ha dicho usted que hubo un cambio, por lo menos eso supongo al sorprenderla con su decisión de divorcio. Eso me anima a preguntarle cómo fue Tony al principio.

Marta siente necesidad de pararse, recorrer la estancia a grandes pasos y con el pretexto del movimiento ganar tiempo para ordenar palabras y acomodar a las mejores los recuerdos, que deben ajustarse a la precisión evasiva de los testimonios hechos con el afán borroso de lavar huellas. No se levanta, sin embargo con los ojos inicia un itinerario que recorre objeto por objeto con la calma de quien desea grabar en su memoria las inolvidables marcas de adornos, muebles, pinturas, flores.

—Sus palabras despiertan un montón de recuerdos, que después del divorcio se han hecho frecuentes, hasta en los sueños. El Tony adolescente que conocí cuando venía a jugar con Margarita y Lucrecia, el muchacho serio y estudioso, con sus libros. Desde entonces me enamoré de él... Disculpe usted si entro en intimidades pero no puedo evadir mis sentimientos. En aquella época apenas si me tomaba en cuenta. En su mundo no calzaba una chiquilla tonta, sin preparación, alguien tan insulso. Luego nos cambiamos

de barrio, los años pasaron y en esa forma veloz que crecen las niñas, un día me encontré a Tony en una fiesta ya hecha una mujer. Empezamos a salir con frecuencia y muy pronto nos envolvieron en un plan matrimonial. Usted sabe cómo son las cosas en esta ciudad, se va dos veces al cine con un muchacho y las madres y las tías y las amigas se ponen casamenteras. ¿Fuma usted, doña Amalia?

Un signo de cabeza rechaza la abierta cigarrera de oro, sobre la que alarga Marta sus cuidadas uñas para extraer un cigarrillo.

—Quisiera, si no le es molesto Marta, que me hablara sobre el carácter del Tony de aquellos días.

—A eso iba precisamente. Me encontré a un Tony tímido, poco aficionado a las fiestas y a las amistades, casi arisco, nervioso, quizás hasta inseguro. Le ruego que no tome mis palabras como algo absoluto, el amor no me dejaba ver muchas cosas en ese tiempo, y para mí lo más importante era su dulzura, esa forma suave, agradable y refrescante de Tony. El noviazgo continuó en la primera etapa del matrimonio, pero sin darme cuenta un día algo que era como un regreso a una parte desconocida de Tony se fue agudizando. Volvió a sus libros, a su silencio, a sus notas, a sus interminables sesiones de estudio. No sé si usted sabe que decidió tener un cuarto aparte... Ya para entonces se agravaron las cosas, porque yo le hacía reproches y él ni siquiera me contestaba. En esa situación

me planteó el divorcio. Recuerde que cuando nació Luisito ni siquiera fue a la clínica. Creo que mi gran pecado fue el de no haberles contado todo eso a su tiempo, tal vez entonces hubiera sido posible...

Por la boca abierta no sale la última palabra. Un recuerdo no expresado detiene ante sus ojos la mirada fija y despreciativa de Antonio, esa mirada que no requería comentarios, y era el repique constante en cualquier intento de comunicarse con él, cuando se cayeron los velos y en la desnudez se encontraron como dos viajeros hacia diferentes metas y con distintos equipajes. Pero, sin proponérselo, ese párrafo inconcluso logra comunicar la emoción que buscó desde el principio.

—Agradezco lo que me ha confiado. Gracias, muchas gracias. Quisiera que me contestara una última pregunta. Le parecerá la más extraña de las ya hechas. Tony, ¿qué opinaba de sus familiares, concretamente de mí qué le decía?

Y todavía con la imagen incómoda ante los ojos, Marta hace un esfuerzo por seleccionar las más oportunas palabras.

—Usted no se puede ni siquiera imaginar la veneración que le tenía Tony. Sabe que su fotografía era la única que guardaba en su billetera. La quería

mucho, a veces hasta tuve celos de su devoción. En cuanto a la familia en general, nunca le oí el menor reproche, queja o manifestación de hostilidad. Se enorgullecía de todos, en especial de Margarita y Lucrecia. Tony no era rencoroso... claro no tenía por qué tener rencor...

Como si supiera que desde ese momento sus palabras se podían resquebrajar, Marta se levanta con ese deseo tan firme que necesita adornarse de un pretexto.

—Siento tener que irme, pero debo recoger a los niños. Luisito está resfriado y ya debería estar en la cama. Doña Amalia, recuerde que estoy con usted y que en su pena no está sola...

La escena de la despedida sigue por esos rieles que toman las ceremonias viajeras hacia la no importancia.

—Te lo ruego, perdoname.

Me sacuden y un pedazo de rodilla se va hacia el abismo. Lo pierdo de vista cuando atraviesa una nube.

—Perdoname, por favor. No tengo la culpa.

Tengo una sombra arrodillada. ¿Será otra vez la hormiga con disfraz? Me quedan cuatro dedos en cada mano. He perdido los pulgares. Se me fueron y nunca había pensado que eran tan tiernos.

—La culpa no ha sido mía, te lo juro.

Gotas de rocío me caen sobre el hueco vacío del ojo perdido.

—Perdoname.

Un murmullo de congoja me llena de frío.

— ¡Perdoname!

Tengo miedo. Alguien dice palabras que no me gustan.

—Perdoname...

Mi único ojo se encuentra con una mirada velada por el rocío. Debo estar llegando al amanecer.

—Te pido perdón.

¿Perdón? Yo me perdono. Los dos pechos enormes y las manos extrañas sobre ellos. El fastidio. La

ventana alta y el pañuelo. Yo me perdono. La carta sin contestar. Yo me perdono. El oído atento al reloj. Yo me perdono. La palabra podrida. Yo me perdono.

—Perdoname.

Alguien gime a mi orilla. Esos ojos me recuerdan a mi madre. Ella no es, ella no hubiera tenido tiempo para gemir. Siempre algo detrás la retenía. Un niño que nace, un hombre que espera.

—He sufrido, perdoname.

Tengo miedo a la oscuridad. Tiemblo, me encojo, escupo, me aterrorizo, vomito miedo, sudo miedo, como miedo, digiero miedo, eructo miedo, dibujo miedo. Tiemblo. Yo me perdono. Me perdono porque tengo miedo.

—Perdoname.

Por el hueco vacío del ojo entran más sombras, espesas, largas, perfiladas. Me salen del cerebro, de la boca sin labios, sin dientes. Porque la serpiente volvió otra vez y se llevó mis dientes. Se hizo un collar con ellos, sonaban sucios, negros, agujereados. Las sombras están en mi cerebro y las respiro. Las sombras están en mi hueco y las siento.

—Perdoname.

Sí, me perdono. Me perdono en el nombre de las horas vacías, de las mentiras, de los miedos, de las sombras que genero. Me perdono en el nombre de las cosas inútiles que adquirí en la vida. Me perdono en nombre de Antonio, mi dulce amigo, a quien ya deben haber encontrado los ángeles.

—Perdoname.

Me llega una voz que parece la de mi madre. No puede ser ella. Ella se perdió entre las piedras buscando a un hombre que tenía muchas caras y siempre hacía ruido. Ella no está, nunca tuvo tiempo para estar.

—Perdoname.

Ya me he perdonado. Me perdoné por nacer, por ser un pino con remolachas, por vomitar lápices que escribían cosas violentas, por no tener sellos, por engañar a los ángeles, por vivir en un hueco y agujerearme por dentro.

—Perdoname.

¡Ya basta! No me pidan más perdones. No me puedo perdonar el no haber matado a la araña. Está ahí escondida, tendiendo hilos para robarme mi hueco.

—Perdoname. Estoy de rodillas y no soporto el dolor que me das.

Me perdono en las ausencias. Me perdono en las iglesias, vestido de fantoche. Me perdono en las calles, caminando de puntillas. Me perdono en los ascos. Me perdono a la cabeza de la jauría con afán de precipicios en la sangre. Me perdono en los desvelos soñando con bombones y copas de coñac. Me perdono en las esquinas atisbando las desnudeces. Me perdono en los sueños violando mujeres y niñas. Me perdono como excremento, como hombre, como mal amigo del dulce Antonio.

CAPITULO 17

Una tregua de perspectivas se detiene al borde de la ventana. De un silencioso pino se desprende la vereda que va a una fuente y por ella se desliza la gracia en desorden de violetas, arrepolladas en un verde oscuro que despunta la timidez escondida de las moradas florecillas, con corolas de un amarillo despierto en el centro que corresponde a los soles. Aquel jardín que rompe la monotonía de techos, bajantes, paredes herrumbradas, latas y cercas, con esa frescura libre de la lluvia que se retiene en las hojas con un toque de cristales redondos y brillantes, las más bellas alhajas independientes —al fin algo— de copias y reproducciones. Pero sobre la soberanía aristocrática de ese mundo vegetal que corre en la elegancia de su hoja, de su espiga, de su flor, en la igualdad de un mismo suelo y en la extensión sin regateo del prodigio espontáneo de sus facultades, alguien mide áreas aprovechables y otro planea ocupaciones de varilla y cemento luego de digerir cálculos de metros cuadrados y cúbicos.

—Dijo que todavía no podemos disponer del terreno, pero cada vez que lo contemplo siento el hor-

migueo de la actividad. Ahí donde vemos esa casona vieja, sin estilo, una copia sin gusto y sin personalidad de alguna mala construcción, se levantará el mejor edificio de la ciudad. Ya lo veo, gris y alto, una planta horizontal de líneas simétricas bien combinadas para romperlas luego con el bloque de la torre, encerrada en la esbelta proporción de lo que se levanta con un ritmo de armoniosas estructuras. Un edificio para enseñar por primera vez en esta ciudad lo que es un arquitecto. Porque somos una colección de remiendos, copias mal hechas de los peores ejemplares de viviendas y edificios. Nuestra ciudad necesita un Nerón...

La ventana alisa los proyectos en la misma forma que aparecen en planos extendidos. El silencio de la fuente sin agua conserva una agonía de algas y lirios; más allá, en el alero de un corredor se retoca el perfil de sus finales con adornos, semejantes a los ribetes de lona en los campamentos de antiguos guerreros, salvo que en su inmovilidad permanente de hojalata se aposentan panales con el vaivén de la pagoda.

—Esa casa debe ser un nido de comejenes, caerá con un sonido de cosa vieja, inservible. Tu edificio será una maravilla, pero reconozco que cuando niño esa casa sin estilo, una simple construcción de cajones mal coordinados, me impresionaba. Para mí, en ese tiempo, era lo más lindo que había conocido. Sus muros de hiedra, el jardín, las mazorcas de lirios, los

pinos y el rumor de profundidad que daban los cipreses del fondo, la convertían en la única parte solemne y refrescante de tantas calles iguales, donde se sabía la terminación de una casa por la variación de la pintura, dentro de la repetida sucesión de puertas y ventanas con su clásico diseño de cruces cuadradas y rectangulares. Claro, que a mi regreso de Europa, con el título debajo del brazo, me pareció tan trivial aquella admiración. Ahora la veo tal como es, cajones de maderas unidos y un jardín en que se fue arrimando una matita a la otra con un criterio de hortaliza...

Tras la ventana, con la calma de un aire leve que pone reposados abanicos en las últimas ramas de los pinos y de los cipreses, un aroma que mezcla mandarinas con claveles se levanta como la rosa limpia de la tarde.

—Esa ciudad con edificios feos, calles horribles, parques ajados, nos empobrece la estética. Mi obra exigirá un cambio porque será imposible que conviva al lado de esos tugurios. Don José es un hombre inteligente, cuando le enseñé la perspectiva me dijo que le gustaba, sí le gustaba. Como es un hombre sin mucha imaginación, porque los negocios agudizan el olfato y matan los otros sentidos, inmediatamente sintió la necesidad de comparar. Para no contrariar al cliente, lo dejé decir. Encontró a la obra un parecido con un edificio que vio en Miami, claró él sabía que yo estudié ahí. Desconoce que el arquitecto es un creador y

no puede copiar. Por supuesto, después tuve que hacer concesiones. Don José se interesó más por el número de oficinas y locales que por la elegancia de las líneas. Tuve que engrosar el área de la torre y el volumen del edificio si bien ganó en metros cúbicos aprovechables, perdió algo de majestad. Sin embargo, no es fácil encontrar un cliente que pague al contado y encargue así como así una obra de milloncitos y medios. Al firmar el contrato exigió únicamente que se diera al dueño el derecho de fijar el inicio de los trabajos. Pensé que era cosa de días... ahora la espera se ha convertido en algo torturante, ni siquiera me ha permitido entrar para medir el terreno y hacer el estudio de suelos. Sólo desde esta ventana puedo ir calculando la forma en que organizaré el trabajo. Creo que la grúa se debe colocar a la izquierda, ahí por donde están los jacintos...

Los jacintos mirados no levantan sus ramos, ni despliegan coqueterías de reverencias con sus hojas. La fresca humedad de los caminillos ya está medida por el tiempo. Caerán las violetas, las dalias, las rosas, las petunias... las raíces de los cipreses se sembrarán de piedras y por la trama de las arenas quizás se asomen rebeldes algunas hierbas.

—Me duele Antonio, fui su compañero y amigo. Siempre lo encontré demasiado ambicioso. Nunca se contentó con lo mucho que le dio la vida, siempre quería más y más. Mi familia decía que se preparaba

para la presidencia. Ahora ahí está, hecho leña, y te aseguro que se va sin haber disfrutado lo más mínimo. Realmente fue un caso. Figurate: su seriedad rayaba en la amargura, su conocimiento en la manía y su vitalidad en el extraño deseo de aniquilar a los demás para absorber él solito todos los méritos. Pensaba demasiado en que la vida hay que justificarla. ¡Necesidades de maniático! No se dio cuenta de que no encajaba en esta época, le faltaba flexibilidad y consistencia. Muy semejante a esa casa, su casa, pretenciosa de señorío cuando no llega más allá de ser un modelo impersonal de algún albergue construido con el fin de engrandecer lo mediocre. Así fue él, un término medio que no se conformaba, quería ser algo diferente. Esa casona no llegó a palacete, ni a chalet, menos a mansión. El no pasó de ser el hijo de mamá rica, un abogadillo mediocre, un ensayista sin teoría, un catedrático soporífero. Su único triunfo resultó una diputación producto de arreglo entre partidos y un señorito que vota negativamente cuanto proyecto se presenta porque se siente superior a los demás y a través de un no se hace uno más notorio, pero cuando le llega la ocasión de demostrar el fruto de estudios, investigaciones, ideas, se enferma de impotencia. Ese se está muriendo del deseo loco de poder ser algo, alguien, sobresaliente, intachable, superlativo. Y aquí nos tiene esperando a que se muera con el proyecto detenido y la batería lista. Voy a tener que recorrer el entierro con un rosario de por dichas...

Las begonias lustrosas, que crecen cerca de la

tapia, bañadas de la sombra refrescante en que se unen la barbacoa de las veraneras y los estilizados sauces, esconden dentro de su verdor los recortes ágiles y mecanizados que transportan hileras de hormigas con la automaticidad de un equipo en horas de urgentes labores.

—Aunque comparto tu opinión de que la familia debió trasladar a Antonio a un hospital y abandonar ese apego rancio a ver morir los parientes en un desvelo continuo, no dejo de comprender la situación que atraviesan. Desde hace más de un mes se viene diciendo que será mañana. Con esto de la obra en perspectiva, a veces tengo pesadillas en que se recupera y me lo encuentro en la calle y me dice que me olvide de la obra. Porque estoy seguro, si se levanta de la cama, se opondrá a que demolamos la casa. Ya me fastidió bastante en el colegio y en todas partes...

El entorno de la tarde agrava las sombras en una masa que va despacio de la penumbra a la uniformidad de lo oscuro. Una luz se enciende en el corredor y la siguen en hileras otras de cuartos y salas. En el jardín las luciérnagas dejan rastros de bailoteos entre los arbustos, con el goce de revolotear en la seguridad de un conocimiento ciego que ilumina las fronteras de lo concreto.

—Otro día perdido. Ya estaría muy adelantada la estructura.

Me manosean. Miles de hormigas llegan y me despojan. Me quitan pedazos de orejas, me limpian el vello, me carcomen las mejillas, me roban la piel de la nariz. Ya no siento los cuatro dedos de las manos. Se los llevarían también. Irían parados, esbeltos, porque eran largos y ágiles. Esos dedos que tocaban y veían, palpaban y sentían, corrían y encontraban.

—Hay que limpiar también el cuarto.

—Claro, debemos quitar las basuras. Esto parece un chiquero.

— ¡Mirá! Una araña horrible saltó por ese agujero.

—Estás nerviosa. Aquí sólo hay cucarachas.

Algo frío recorre este montón de huesos. Membranas despegadas, hediondas, escamosas. Debe haber llegado el amanecer. La luz me lastima, me duele.

—Debemos cubrirlo bien, para que no vean cómo se ha destrozado.

—Cuando llegue la hora, nosotros mismos lo amortajaremos.

—Alguien canta muy extraño. La voz suena a tormenta, lejana, siniestra.

—Indulgentiam, absolutionem et remissionem peccatorum vestrorum tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus.

Deben ser los ángeles malos que vienen. ¡No!

Antonio no está aquí. Ha salido. Tenía muchas cosas que hacer. Se fue desde temprano y no volverá. Me dijo que tenía planeado un viaje. El siempre está de viaje.

—Misereatur vestri omnipotens Deus...

Las hormigas deben estar cantando. Sólo ellas pueden tener esa voz pegajosa, que quiere untarme de misterio.

—Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam.

Antonio, ¿qué haces aquí? Andate pronto, por todos lados te buscan. Pero antes de irte, matá por favor a las hormigas que te encontrés.

—Ha empezado a gemir.

—Son los estertores.

De nuevo caen sobre mí las sombras de manos extrañas, frías. Me ponen almohadas suaves, con gotas de rocío. Algo me dice que ya no soy yo. De nuevo la oscuridad. Entra el mago con una lámpara en la mano. *Mi respetabilísimo amigo*. El mago está triste, muy triste. Viene sin sonrisas, sin capa, sin sombrero alto. Viene sin sus azules. Está vestido de negro. Quiero pedirle que me abrace fuerte, me abrace para siempre. *Adiós queridísimo*. ¡No! ¡Que no se vaya! No

quiero quedarme solo. La oscuridad es una mano grande que me oprime.

—Es el final, ¿verdad?

—No lo sé. Quizás deberíamos ayudarle un poco.

—¡No lo permitiré! Ya le hemos ayudado demasiado.

Sé que estoy buscando el amanecer. Quizás el amanecer sea la oscuridad más profunda. Cuando vuelva el mago le pediré una antorcha, grande, para sostenerla con estas mandíbulas vacías.

—La vida es un relato que supera el tránsito entre las fechas.

El profesor mueve su papada con la profundidad de quien es dueño de un diccionario sumergido en su garganta.

—Lo cierto siempre está situado en el rincón más escondido desde donde se mira la identidad absoluta de lo irreal. La dificultad estriba en que por ese sitio no caben nuestros ojos.

Levanta su mano derecha con un ademán que arrastra corrientes de ideas, de las que seleccionará las oportunas a su estado temperamental dejando para otro tiempo la concesión de disertar sobre algo más del infinito bagaje de su pensamiento.

—En el pretérito vive la historia y acabamos todos.

Ahora frota sus manos con un gesto aprendido en el rigor de un invierno extranjero y despierto

al arbitrio de sus actos, necesita paladear todas sus vivencias.

—Este eterno verano de nuestro país es el primer activo de su capital circulante.

Como si recordara que en la espontaneidad del discurso se abren las hendiduras de su derrumbe temático y estilístico, desabotona el chaleco para alimentar la distracción ociosa de abotonarlo en el preámbulo de sus inagotables aforismos, que sólo juegan consecuencias de gustos o disgustos.

—En el esplendor hay un balance premeditado de luces y sombras.

Pasa la mano por su abdomen con un toque decente, que se cumple con la constancia de acallar un dolor aún no sentido.

—La precipitación violenta de algunos seres corresponde a la forma imperfecta de sus destinos.

Seguro de su realidad incierta, que se clava en el asiento con la garantía de la perfección esperada, siente el poder de sumar años. Ya ha podido decir: yo a los cuarenta, yo a los cincuenta, yo a los sesenta...

—La justicia en la vida humana es una migaja de

pan que se lanza a la masa hambrienta, con la certeza de que se la llevará el viento.

Es de los que reclama no haber tenido una nariz más corta, y con la sensación de acabar la gimnasia, apunta sobre la primer hoja de una libreta, con letra despaciosa y redonda de quien no tiene nada que hacer, el programa de la tarde.

—Primero, preparar el comentario sobre el trabajo de Pacheco. Debo tener cuidado, es un tipo peligroso y un buen propagandista para los que apoya. Me conviene tener en cuenta que pronto saldrán mis ensayos. A los pachequistas les diré que ya se ha superado como promesa y es un pilar de nuestras letras. A los antipachequistas los trataré de rehuir, ¿y si no puedo y me encuentro a alguno por ahí?... pues lo mejor es que no me sumen a sus filas y para no comprometerme mucho recurriré a la verdad... no lo he acabado de leer, pero no suena mal, esto último es bastante relativo pero como opinión no expresa nada. Sin embargo, les hará rabiar y comentarán que estoy perdiendo el gusto. A Pacheco lo llamaré por teléfono, es el mejor medio que han inventado para acusar recibo de un libro. Se pueden decir elogios sin freno y sin temor de que se publiquen. El comentario lo dejaré para mis memorias: un remedo de lugares comunes.

La letra se detuvo hace rato y el profesor se quedó repintando la redondez manchada de la última o.

—Segundo, preguntar a la lavandería por las camisas que me extraviaron. ¡Es el colmo que deba ocuparme de esos detalles! No puedo sulfurarme, me hace daño. Además, es conveniente que el hombre remontado en el alto vuelo de su quehacer intelectual, recuerde de cuando en cuando su verdadera panorámica de trajes, comidas y camas.

Aquella concesión tan reflexiva rastrea en la sonriente complacencia de compartir con los demás la parte frívola de la existencia, pues considera que en una época de marcas como ésta las diferencias de los grupos sociales estriba en la selección de las marcas que exceden calidades y en la necesidad de acogerse a las que no reúnen los requisitos mínimos. Seguro de poseer corbatas italianas, casimires ingleses y colonias francesas, piensa en los derechos humanos con la igualdad de palabras altas tan naturales como insignificantes, pero practica la comodidad de los especiales.

—Tercero, preguntar por Tony. ¡Pobre muchacho! Ya debo ir pensando en su oración fúnebre. La haré en endecasílabos y la centraré en la pureza que se aleja para que comprendamos su transparencia. Luz que nos iluminará, haz de inspiración. Se va el mejor discípulo cuando debía partir el maestro. Esta sustitución voluntaria en el camino hacia la muerte, no dejará de conmover, y el calificativo de *mejor* no preocupará a nadie. Los muertos no producen envidia.

Y la papada del profesor tiembla en un gorjeo de palabras fúnebres.

Estoy amarrado, completamente amarrado a mi hueco, enteramente yo, un pino con remolachas, con mis pedazos compactos... de un momento a otro llegarán mis pedazos perdidos... el vacío todo lo devuelve... quita y pone... se acabó el dolor... se acabó la esperanza... sólo me queda un deseo... matar a esa araña... ella tiene también su propio hueco... oscuro... sin entrada... sin alcance.

—No encontramos a Antonio.

Luna, viento,

cañal, pradera.

Vacío de espejos.

Es un misterio.

—Antonio... está aquí...

—No vemos a Antonio.

—Antonio está aquí...

en este hueco...

miren mi pecho...

miren mi sangre...

—Merienda de hormigas,

buscamos a un hombre.
Cuna de temblores,
buscamos a un hombre.

No... No puede ser... no me dejen aquí... atado... sin pies... sin manos... sin ojos... el que me quedaba se hundió en un agujero... lo oí caer... lejos... tardó... tardó mucho... no... no me dejen... yo soy Antonio... Antonio el que huía... Antonio el que se disculpaba... Antonio el que mentía... no... no me dejen... no quiero que me dejen...

— ¡Tarda tanto!
— Cada vez es menos.

Algo me jala... qué es... nadie me llama... y soy Antonio al que buscaban... ¿quién me jala?... no quiero caer en el vacío... quiero sostenerme en el hueco... con mis muñones... ¡No!... no me los corten... ya se fueron... están cayendo... despacio... lentamente... y esta flor sobre el pecho... ¿qué es esta flor?... huele a muerto... tiene hediondez de tumores... escondidos... enervantes... asesinos...

— Está sudando sangre.
— Se ha vuelto a herir.

Me menean... me botan la rodilla... mi única rodilla... se va... está cayendo... adiós... me sostuviste cuando caí... caí siempre... no del todo...

nunca tuve tanta fuerza... miedo... el miedo eterno...

*—Antonio está con nosotros
con ramas de yerbabuena.*

*Ahora toma tibia leche
con pan y con miel.*

Antonio me deja... mi buen amigo... mi dulce
compañero... me ha engañado... me ha traicionado...
yo te perdono Antonio... yo te perdono en tu deseo
de altura... descansá... ha sido largo el camino...

*—Merienda de hormigas
no te queremos llevar.*

*Quedarás con tus huecos
con tu eterna mortaja.*

El mago dijo adiós... Antonio se fue... los ánge-
les no quieren llevarme... pero algo me jala... ¿qué se
hicieron las remolachas?... eran las hojas de un pino...
ahora son huecos redondos... vacíos... con espumas
amarillas... hediondas... del pino no queda nada... se
me está cayendo un codo... se va... se va... todavía
lo oigo girar... en la niebla negra...

—No fue al amanecer.

—No llegará a la noche.

El otro codo también... me jala... algo se quin-
da de mí... el cansancio... un rumor... una plancha...

no me llaman... ya no tengo nombre... soy un pedazo... un pedacito... se va... se está cayendo... vuelo... golondrina... siempre te quise... ahora... ahora...

—Voy a limpiar su cara.

—Tal vez poniéndole una almohada.

Estoy cayendo... leve... pluma... doy vueltas... sellos... ¿dónde dejaré los sellos?... suave... liviano... voy...

Pensé que nunca llegaría al suelo y aquí estoy. Tengo que reírme, aunque crean que grito.

—¿Qué le pasará?

—No sé.

Me arrastro. Puedo arrastrarme. Estoy listo para la gran batalla. He perdido mucho y ahora voy a ganar, por primera vez, por última vez.

—Tarda demasiado.

—Estoy seguro de que será hoy.

Nadie se puede esconder. Nadie. Esperaré a que se asome. Puedo esperar lo que me antoje. He estado viviendo en el infinito. Un minuto, dos, tres, no tiene importancia. Estaré por siempre. He ganado la eternidad.

—Voy a recostarme un rato.

—Yo también. Esto parece alargarse demasiado.

Esperaré convertido en un reloj que no hace tic-tac para que la araña aparezca.

—¿Se puede hacer algo?

—Te lo he dicho desde hace rato: la almohada.

Sigo esperando, no puedo ser un reloj porque no tengo noción del tiempo, confundo un rayo de luz con el sol.

—¿La almohada? No quiero.

—Se hará tu voluntad.

Ya viene. Oscura, con sus mil patas, segura de sí misma, como todas las fieras, caminando despacio. Sé que estoy amarrado, pero así la venceré. Me mira, me mide. Todo lo adivino en esta oscuridad. Trepa con lentitud. Cree que le sobra el tiempo y desea saborearlo. Sube. Espera. Se para en mi sexo. Lo araña. No me muevo. Conozco sus trucos. Ahora sé aguantar los dolores y he vencido el miedo. Sube y se orina en mis intestinos. Me arde la piel, me ha quemado. Corre hacia un sobaco, se acuna un rato. Quiere conocer bien el campo de la batalla. Sube por el cuello, deja las patas atrás y se asoma. De un salto llega a la boca abierta... espero, se confía, se adentra... entonces aprieto los huesos desnudos de las mandíbulas... trago su licor sanguinolento, horrible, torturante, amargo, quemante. Se revuelve, se encoge, se retuerce, grita, gime, patalea en su milésima pata. Se queda quieta, fría, en un desorden de miembros inmóviles. La escupo con fuerza. Debe haber caído en la alfombra, cerca de la flor roja, eternamente disecada. ¡He vencido! ¡Siempre supe que vencería!

—¿Todavía?

—Sí. Hay que tomar una decisión.

Ahí la araña, un algo que ya no es, aquí yo, un vencedor.

—¿Llegará al amanecer?

—Llegará.

Una brisa dulce y mansa me cobija... ahora haré la canción de la araña muerta.

—Aquí está la almohada.

Señores (la pausa tiene saltos de acróbata) el caso 117.720 ya ha sido aclarado (hay palabras que levantan ojos). Los casos difíciles cuando se resuelven parecen muy sencillos (la curiosidad es un sudor seco). Así es éste (las pistas aparecen como círculos de olfatos derramados). Nunca pensamos en las consecuencias de una presión emocional sistemática, con el desgaste consiguiente del organismo (un esquema de esqueletos trota en cada mirada). Depresiones frecuentes, casi en el rango de un estado de ánimo continuo, y esfuerzos de superación alimentados por estimulantes (la tos cae en la perforación de una ven-

tana), todo centrado en la inestabilidad de la presión sanguínea, que debió manifestarse desde la infancia (ruidos de muerte en la fábula de la mímica) con angustias precoces (el chillido de un berrinche), sensaciones momentáneas de ahogo (el asma llena el aire de plumas pegajosas), repetición de desvelos por aceleramientos imprevistos del metabolismo (el ojo despierto persigue al otro dormido), muestras extraordinarias de madurez (¿serán ovoides todos los huevos?), tendencia a privarse de goces propios de la edad (un nervio disuelto en la infancia come uñas y tuerce dedos), prematuros apetitos sexuales (el estuche abierto con el resorte descompuesto), temores sobre el esfuerzo de esconderlos (insolación de oscuridades gime por las pestañas), el eterno cuadro del niño triste (un disfraz de anteojos dibuja la cruz del llanto). Luego (por la ubre de vidrio cae un poco de arena) se da el adolescente esperado como epílogo de sus problemas biológicos y psíquicos (la infancia se acaba cuando ya nadie pide que levante la mano el que sabe), un jovencito serio (quiere y no puede decir yo, niña, yo), enamorado de la soledad (un canto de sirenas en la gruta del sueño), tímido en palabras y acciones (conejos asustados tiemblan sobre el corazón), fertiliza sus cansancios con pasatiempos intelectuales (paredes con huecos que dan a otros huecos por los que se ven otras paredes con huecos), acorralado en un organismo apático (violines sin cuerdas tocan las mejores melodías), ignorante de su propia enfermedad (la gimnasia invisible y constante de los músculos

débiles), busca tropezando una fuerza negada por lo inestable (preguntas sobre respuestas que son a su vez preguntas de otras respuestas), aturdido por dolores que no se concretan (señas para lugares dentro de una memoria olvidada), quejoso en un silencio cobarde (se desgrana un horario de alfileres asesinos), incomunicado en las mañanas de un sexo introvertido (nombres para las siembras de escenas sudorosas y frías), el retrato con título de un joven muerto (un disfraz de anteojos dibuja la parálisis de la risa). Después (la ubre de vidrio se rompe), la atrofia aparece con signos confusos (el do re mi de las cosas rotas), la apetencia de vida y su sintomatología (un soneto de microbios rima con la muerte), el crucigrama de lo absurdo con la lógica del ajedrez (la palabra es un árbol de injertos alfabéticos). El caso 117.720 (¿podría ser la cábala de un número?) ya está claro y su claridad es sencilla como todas las claridades (lo profundo fue el mejor invento de un miope). ¿Alguna duda?

LOS PERROS NO LALABANON, *novela*
HOY ES UN LARGO DÍA, *juventud*
ONDANA, *novela*
POR LAS PACINAS DE LA BIRDA
Y LOS CAMINOS DE ISRAEL, *novela*
CINCO TEMAS EN BUSCA DE
UN PENSADOR, *ensayo*
MUJER Y CULTURA, *novela*
ADIVINEME USIND, *novela*
LAS VOCES, *novela*

OBRAS PUBLICADAS DE
CARMEN NARANJO
1931

CANCION DE LA TERNURA, *poesía*.

HACIA TU ISLA, *poesía*.

MI GUERRILLA, *poesía*.

CAMINO AL MEDIO DIA, *novela*.

RESPONSO PARA EL NIÑO JUAN MANUEL, *novela*.

MEMORIAS DE UN HOMBRE PALABRA, *novela*.

DIARIO DE UNA MULTITUD, *novela*.

LOS PERROS NO LADRARON, *novela*.

HOY ES UN LARGO DIA, *cuentos*.

ONDINA, *cuentos*.

POR LAS PAGINAS DE LA BIBLIA

Y LOS CAMINOS DE ISRAEL, *ensayo*.

CINCO TEMAS EN BUSCA DE

UN PENSADOR, *ensayo*.

MUJER Y CULTURA, *ensayo*.

ADIVINEME USTED, *teatro*.

LAS VOCES, *teatro*.

OBRAS PUBLICADAS DE
CARMEN NARANJO
1931

- CANCION DE LA TERNURA, poesía.
HACIA TU ISLA, poesía.
MI GUERRILLA, poesía.
CAMINO AL MEDIO DIA, novela.
RESPONSO PARA EL NIÑO JUAN MANUEL, novela.
MEMORIAS DE UN HOMBRE PALABRA, novela.
DIARIO DE UNA MULTITUD, novela.
LOS PERROS NO LADRAN, novela.
HOY ES UN LAROC DIA, cuentos.
ORDINA, cuentos.
POR LAS PAGINAS DE LA BIBLIA
Y LOS CAMINOS DE ISRAEL, ensayo.
CINCO TEMAS EN BUSCA DE
UN PENSADOR, ensayo.
MULIER Y CULTURA, ensayo.
ADIVINEME USTED, teatro.
LAS VOCES, teatro.

13 FEB. 1990

CARMEN NARANJO llega a la plenitud de su madurez creadora con esta novela, en donde se mezclan las inquietudes, el análisis social y un profundo conocimiento del alma humana, unidos todos estos elementos en un largo texto de 19 capítulos en donde se desbroza una historia de todos los días, dura, golpeada por la vida y por los acontecimientos, pero en los que las posibilidades del hombre se resuelven por su propia fortaleza, en medio de un maremágnum de cifras, de suposiciones, de afirmaciones que resultan negación y allí radica su importancia social, de los mecanismos creados por el hombre para mejorar su condición.

EL CASO 117.720 es un tremendo alegato, una denuncia valiente, una obra literaria construida por las voces de sus personajes, en donde la autora —como gran artista— ha sido el vocero para expresar una desgarradora voz colectiva.

EL PREMIO NACIONAL DE CULTURA MAGON 1986, otorgado a Carmen Naranjo, confirma en esta novela su rebeldía, su honesta denuncia, su voz de acero y su ternura de mujer, comprometida y siempre libre.

Alfonso Chase.



Editorial Costa Rica